



IESUS
+
CÁRITAS

“VIVO SIN VIVIR EN MÍ”

**“Mi alma está unida a ti,
tu diestra me sostiene” (Ps 63,9)**

Julio - Septiembre de 2015

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,
me abandono a Ti.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí
te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller
Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería
manuel.pozooller@diocesisalmeria.es;
y redaccion@carlosdefoucauld.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería
maikaps73@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Josep Valls: jvalls@tinet.cat;
y administracion@carlosdefoucauld.es

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com
Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es
Hta. Josefa Falgueras: josefagermaneta@gmail.com
Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Ana M^a Ramos Campos,
Antonio Rodríguez Carmona, Josep Vidal Taléns

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael
04230 – Huércal de Almería (Almería) - Tfº. 950.141 515
c.e: administracion@imprentaubeda.com

DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

El Boletín en formato papel no se vende. Se sufraga gracias a los donativos y colaboraciones económicas de sus lectores y amigos.

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Háganos llegar este impreso a: COMUNITAT DE JESÚS.
Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona
o bien a c.e.: administración@carlosdefoucauld.es

MODO DE ENVIAR MI COLABORACIÓN ECONÓMICA

Residentes en España: Donativo anual, 20 €

A) Opción preferente: suscripción con domiciliación bancaria:

DATOS PERSONALES	
Nombre y Apellidos.....	
Dirección N° Piso Puerta	
Código Postal Población Provincia	
DATOS DE LA CUENTA	
Nombre de la Entidad Bancaria.....	
CÓDIGO IBAN: (24 DÍGITOS) ES _____	

Nombre del titular de la Cuenta	
Autorizo a la administración de la “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España” para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba	
Fecha:	Firma:

B) La opción alternativa: suscripción por transferencia bancaria a: Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas”», entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278.

Residentes en otros países: Donativo anual, 25 €

Como única opción transferencia bancaria a “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas”, entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278 BIC (Código Internacional de Identificación Bancaria en el sistema SWIFT): CAIXESBBXXX - Divisa: Euros.

Editorial

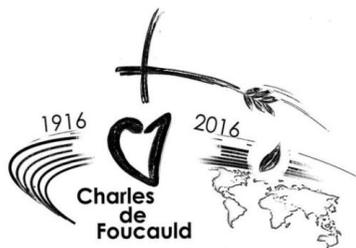
TRAS LAS HUELLAS DE SANTA TERESA

El 15 de octubre del pasado 2014 comenzamos el Año Jubilar teresiano. Nos encontramos, por tanto, a un paso de la clausura de este año en el que celebramos el V Centenario del nacimiento de la santa reformadora. Atrás quedan las palabras del papa Francisco cuando en la apertura del año jubilar se preguntaba y nos preguntaba: “¿Qué puede enseñarnos a los hombres y mujeres de hoy la figura de santa Teresa de Jesús? ¿Por qué caminos quiere llevarnos el Señor tras las huellas y de la mano de santa Teresa”? El Papa nos pedía acercarnos a la obra y a la vida de la santa y siguiendo esa recomendación nuestro BOLETÍN no podía dejar pasar de largo la invitación papal que, por otra parte, es invitación a toda la Iglesia.

Cierto que nos separan cinco siglos de la vida de Teresa de Jesús. Aquella época del siglo XVI, en expresión de la santa doctora, eran “tiempos recios” por lo que entendemos que eran tiempos difíciles, complejos y complicados. Eran tiempos que pedían reformas y purificación en la vida de la Iglesia. Lo cierto es que la santa supo amar su tiempo y descubrir las oportunidades que le brindaba con “determinada determinación” en los caminos del bien y de la reforma.

Las palabras que transcribo de Teresa de Jesús nos muestran su voluntad decidida y su estilo espiritual: “Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algun alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tienes algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello” (*Moradas V, 3,11*).

La obra de santa Teresa nos lleva a recuperar su persona como mujer de silencio y de oración. Mujer de vida interior. Su fortaleza, para fundar y gobernar, anidaba en el corazón mismo de su castillo interior. Ella nos invita a entrar en las moradas y aposentos



más secretos para hallar a Dios. Ricardo Blázquez, cardenal-arzobispo de Valladolid, decía en su homilía de apertura del año jubilar: “El secreto de Teresa, de donde brota su existencia nueva y su vocación especial en la Iglesia, fue el encuentro profundo con Dios en Jesucristo. En esta autocomunicación una imagen muy «llagada» le fue como esculpida en su espíritu y las palabras le quedaron grabadas imborrablemente. El Hijo ha tenido a bien revelar a Teresa su intimidad compartida con el Padre. En la comunicación se pone Teresa sin reservas y sin condiciones a disposición del Señor. «Vuestra soy, para vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí? (*Poesía 5*)». La clave para entender a Teresa no es otra que su profundo enamoramiento del Señor así cuando escribe sobre oración la definirá como «tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama» y da consejo de cómo hacerlo: «no está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho» (*Moradas IV, 1,7*) convencida de que la oración es «el camino seguro» (*Vida 2,13*).

Con todo Teresa ha sido la primera mujer nombrada Doctora de la Iglesia por el beato Pablo VI (1970). Sus méritos son sobrados. No fue poca la tarea de la reforma del Carmelo que funda sobre tres pilares: amarse mucho los unos a los otros, desasirse de todo y verdadera humildad, que «aunque la digo a la postre es la base principal y las abraza a todas» (*Camino 4,4*).

La redacción del BOLETÍN, en este año tan lleno de oportunidades para la renovación de nuestra vida espiritual con la celebración del Año de la Vida Consagrada y el Año Jubilar teresiano, ha querido colaborar con la publicación de este número dedicado a santa Teresa y más tarde lo hará dedicando otro número a la Vida Consagrada.

Para el número que tienes en tus manos se han buscado artículos que ayuden a contextualizar la vida y obra de santa Teresa de la mano de **Mons. Ángel Pérez Pueyo** y el catedrático de psicología evolutiva, **Francisco Miras Martínez** al tiempo que se han recuperado artículos publicados en nuestro BOLETÍN, del número de mayo-junio de 1981 que apareció con el título de “Teresa o «solo Dios basta»”, donde se recuperan de nuestros archivos espléndidos artículos de **Antonio López Baeza** (Lorenzo Alcina) y su hermana **Pilar, Pepe Rodier**. Completamos el número con artículos de **Emérito de Baria** y algunos textos selectos de la santa que han sido seleccionados por la redacción.

MANUEL POZO OLLER
Director

Desde la Palabra



“Quien va discurriendo en lo que es el mundo y en lo que debe a Dios y en lo mucho que sufrió y lo poco que le sirve y lo que da a quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros. Pero quien no se puede aprovechar de esto, tiénele mayor y conviénele ocuparse mucho en lección, (...) ayuda mucho para recoger (quien de esta manera procede le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener); digo que si sin esa ayuda le hacen mucho rato en la oración, que será imposible durar mucho en ella le hará daño a la salud si porfía, porque es muy penosa cosa” (*Vida* 4, 8).

“Si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada. Porque la sequedad no era lo ordinario, más era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma, y los pensamientos perdidos; con esto los comenzaba a recoger y como por halago llevaba el alma. Y muchas veces, en abriendo el libro, no era menester más. Otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía” (*Ibíd.* 4, 9).

EL MISTERIO DE NUESTRA FE

La Eucaristía en Teresa de Jesús

“Paréceme ahora a mí (...) que visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros y cómo nos importa tanto darlo y la gran dificultad que había (...) por ser nosotros tales y tan inclinados a cosas batas y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos, y no una vez, sino cada día, que aquí se debía determinar de quedarse con nosotros...” (*Camino 33, 2*).

“Mas Vos, Padre Eterno, ¿cómo lo consentisteis? ¿Por qué queréis cada día ver en tan ruines manos a vuestro Hijo? Ya que una vez quisisteis lo estuviese y lo consentisteis, ya veis cómo le pararon. ¿Cómo puede vuestra piedad cada día, cada día, verle hacer injurias? Y cuántas se deben hoy hacer a este Santísimo Sacramento!” (*Ibíd. 33, 3*).

“¡Oh, Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo lo consentís? No miréis su amor, que a trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Es vuestro de mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo no se le pone cosa delante, por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa. ¿Porque calla a todo y no sabe hablar por sí sino por nosotros? Pues ¿no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? He mirado yo cómo en esta petición sola duplica las palabras, porque dice primero y pide que le deis este pan cada día, y torna a decir “dádnoslo hoy, Señor”. Pone también delante a su Padre. Es como decirle que ya una vez nos le dio para que muriese por nosotros, que ya nuestro es, que no nos le torne a quitar hasta que se acabe el mundo; que le deje servir cada día. (...) Pues en esta petición, “de cada día” parece que es “para siempre”. Estando yo pensando por qué después de haber dicho el Señor “cada día” tomó a decir “dánoslo hoy, Señor”, ser nuestro cada día, me parece a mí porque acá le poseemos en la tierra y le poseeremos también en el cielo, si nos aprovechamos bien de su compañía, pues no se queda para otra cosa con nosotros sino para ayudarnos y animarnos y sustentarnos a hacer esta voluntad que hemos dicho se cumpla en nosotros” (*Ibíd. 34, 1*).

“Y así le dice su Hijo que, pues no es más de un día, se le deje ya pasar en servidumbre; que pues Su Majestad ya nos le dio y envió al mundo por sola su voluntad, que El quiere ahora por la suya propia no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para más

gloria de sus amigos y pena de sus enemigos; que no pide más de “hoy”, ahora nuevamente; que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre, cierto lo tenemos. Su Majestad nos le dio –como he dicho– este mantenimiento y maná de la Humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre; que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad ni trabajo ni persecución que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar de los suyos” (*Ibíd.* 34, 2).

“Pedid vosotras, hijas, con este Señor al Padre que os deje “hoy” a vuestro Esposo, que no os veáis en este mundo sin Él; que baste, para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar ni otro consuelo; mas suplicadle que no os falte y que os dé aparejo para recibirle dignamente” (*Camino* 34, 3).

“Nosotras pidamos al Padre Eterno merezcamos recibir el nuestro pan celestial de manera que, ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle por estar tan encubierto, se descubra a los del alma y se le dé a conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos y que sustenta la vida” (*Ibíd.* 34, 5).

“¿Pensáis que no es mantenimiento aun para estos cuerpos este santísimo manjar, y gran medicina aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades que, estando muchas veces con graves dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos que no se podían fingir, a mi parecer. Y porque lelas maravillas que hace este santísimo Pan en los que dignamente `e reciben son muy notorias, no digo muchas que pudiera decir... Mas a esta persona habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre si, pareciéndole que, teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más se les daba?” (*Ibíd.* 34, 6).



“Mas sé de esta persona que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con

los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fe, para que, como creía verdaderamente entraba este Señor en su pobre posada, desocupábase de todas las cosas exteriores cuanto le era posible, y entrábase con El. Procuraba recoger los sentidos para que todos entendiesen tan gran bien, digo, no embarazasen al alma para conocerle. Considerábase a sus pies y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo. Y aunque no sintiese devoción, la fe la decía que estaba bien allí” (*Ibíd.* 34, 7).

“Porque si no nos queremos hacer bobos y cegar el entendimiento, no hay que dudar; que esto no es representación de la imaginación. (...) Esto pasa ahora y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos; sino que, pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, que está con nosotros el buen Jesús, que nos lleguemos a Él. Pues, si cuando andaba en el mundo, de solo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje” (*Ibíd.* 34, 8).

“Si os da pena no vede con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado, o cuando andaba por el mundo; no habría sujeto que lo sufriese, de nuestro flaco natural, ni habría mundo ni quien quisiese parar en él; porque en ver esta verdad eterna, se vería ser mentira y burla todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca de El? Debajo de aquel pan está tratable; porque si el rey se disfraza no parece se nos daría nada de conversar sin tantos miramientos y espetos con El; parece está obligado a sufrirlo pues se disfrazó” (*Ibíd.* 34, 9).

“¡Oh, cómo no sabemos lo que pedimos, y cómo lo miró mejor su sabiduría! Porque a los que ve se han de aprovechar de su presencia, El se les descubre.... Estaos vos con El de buena gana. No perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado” (*Ibíd.* 34, 10).

“Mas acabando de recibir al Señor, pues tenéis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrirlos del alma y miraros al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo y muchas o querría decir, que si tomáis esta costumbre todas las veces

que comulgareis (...), que no viene tan disfrazado que, como he dicho de muchas maneras no se dé a conocer, conforme al deseo que tenemos de verle. Y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo” (*Ibíd.* 34, 12).

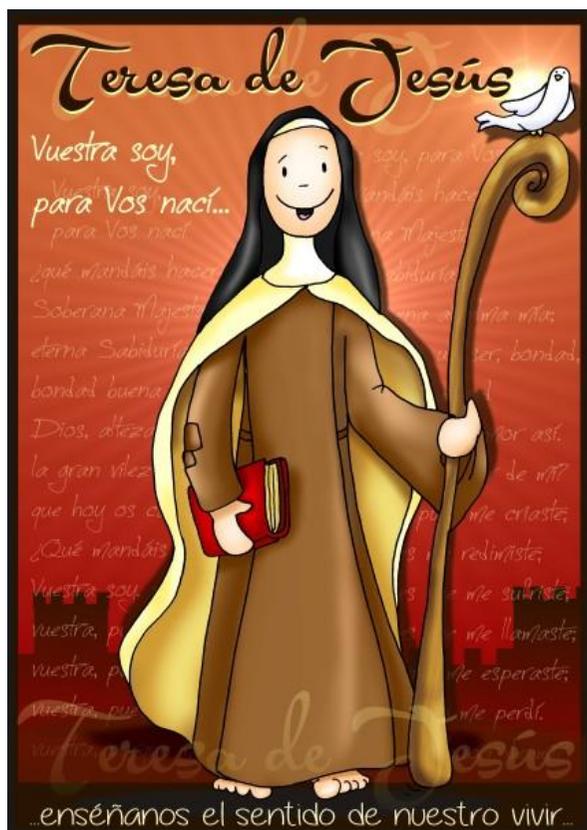
“Mas si no hacemos caso de Él, sino que en recibéndole nos vamos de con El a buscar otras cosas más bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hanos de traer por fuerza a que le veamos que se nos quiere dar a conocer? No, que no le trataron tan bien cuando se dejó ver a todos al descubierto y les decía claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y así harta misericordia nos hace a todos, que quiere Su Majestad entendamos que es El el que está en el Santísimo Sacramento. Mas que le vean descubiertamente y comunicar sus grandezas y dar de sus tesoros, no quiere sino a los que entiende que mucho le desean, porque estos son sus verdaderos amigos. Que yo os digo que quien no le fuere y no llegare a recibirle como tal, habiendo hecho lo que es en si, que nunca le importune porque se le dé a conocer” (*Ibíd.* 34, 13).

“Y cuando no comulgareis, hijas, y oyereis misa, podéis comulgar espiritualmente que es de grandísimo provecho, y hacer lo mismo de recogeros después en vos, que es mucho lo que se imprime el amor así de este Señor. Porque aparejándonos a recibir, jamás por muchas maneras deja de dar que no entendemos. Es llegarnos al fuego que, aunque le haya muy grande, si estáis desviadas y escondéis las manos, malos podéis calentar, aunque todavía da más calor que no estar adonde no haya fuego” (*Ibíd.* 35, 1).

“Pues ¡qué es esto mi Señor y mi Dios! O dad fin al mundo, oponed remedio en tan gravísimos males; que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufráis ya Vos. Atajad este fuego, Señor, que si queréis podéis. Mirad que aún está en el mundo vuestro Hijo; por su acatamiento cesen cosas tan feas y abominables y sucias; por su hermosura y limpieza, no merece estar en cosa adonde hay cosas semejantes. No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo. Pues suplicaros que no está con nosotros, no os lo osamos pedir: ¿qué sería de nosotros? Que si algo os aplaca, es tener acá tal prenda. Pues algún medio ha de haber, Señor mío, póngale Vuestra Majestad” (*Ibíd.* 35, 4).

Selección de textos,
EMÉRITO DE BARIA

En las huellas del Hermano Carlos



“Pues así comencé, de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones y andar tan estragada mi alma en vanidades, que ya yo tenía vergüenza en tan particular amistad como es tratar de oración tornarme a llegar a Dios... Este fue el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada y vocalmente, que no tener oración mental y tanto trato con Dios la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente” (*Vida* 7, 1).

“Estuve un año y más sin tener oración, pareciéndome más humildad. Y esta (...) fue la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder; que con la oración un día ofendía a Dios, y tornaba otros a recogerme y apartarme más de la ocasión” (*Ibid.* 7, 11).

“No son menester fuerzas corporales para ella, sino solo amar y costumbre; que el Señor da siempre oportunidad, si queremos. Digo “siempre” que, con ocasiones y aun enfermedad algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto; y en la misma enfermedad y ocasiones es la verdadera oración, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello y acordarse por quién lo pasa y conformarse con ello y mil cosas que se ofrecen. Aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla cuando hay tiempo de soledad, y lo demás no ser oración. Con un poquito de cuidado, grandes bienes” (*Ibid.* 7, 12).

CARLOS DE FOUCAULD HABLA SOBRE TERESA DE JESÚS

El influjo que ejerció Teresa de Jesús sobre el hermano Carlos es de sobra conocido. En el día de Santa Teresa de Ávila, el 15 de Octubre de 1989, Carlos de Foucauld se explaya en su cuaderno reconociendo el bien que Dios le ha concedido a través de los escritos de esta Santa, e invocándolo como “madre” de sus caminos espirituales. Con el hermano Carlos nos acercamos para profundizar en la vida de y obra de Teresa de Jesús.

***15 octubre 1898, santa Teresa, virgen,
fundadora de las carmelitas descalzas (+ 1582)***

Querida Madre Teresa, ¡cómo tengo necesidad de ti! ¡Necesito que me construyas mi vida interior! ¿Habré tenido alguna vez vida interior? No lo sé... Pero lo que sí sé es que en este momento no tengo. ¿Habrà algo en el jardín de mi alma? No lo sé. Pero en este momento es deshecho y ruína. Se diría que, en la oscuridad “una bestia, un jabalí lo ha arrancado”. ¿Es el demonio? ¿Soy yo mismo dejándome engañar por él? ¿Soy yo mismo a causa de mis negligencias? Santa Teresa, dame fuerza y luz. Te pido sólo una cosa, tú lo sabes, una cosa solamente: Glorificar a nuestro Señor lo más que yo pueda, y para eso amarlo lo más posible, eso es lo que te pido, Madre querida, dame eso y todo lo que necesite para cumplirlo. No te pido consuelo ni ninguna otra cosa, fuera de esto: Glorificar a Nuestro Señor, lo más que yo pueda, y para eso hacer su voluntad, lo que conlleva a amarlo al máximo, lo más que yo pueda hacer, hacer su voluntad (porque se da a conocer a quien lo ama, hacer al máximo y busca con todo el ardor que brota de tal amor conocer la voluntad del muy amado para realizarla).

¡Madre querida, socórreme ven en mi ayuda! Tú, que tanto deseas que se imite a tu Esposo, imítalo tú en aquello que él dijo: no rechazaré a nadie que venga a mí...” Escucha mí oración, ora por mí, a fin de que hoy y siempre glorifique a Nuestro Señor lo más posible y para eso que lo ame lo más posible...

Considera que es un hermano de nuestro Señor quien os ayuda, y recuerda lo que te dijo tu Esposo a propósito de tus hermanas de la Encarnación cuando dudabas de acudir en su ayuda. No dude ahora. Mira mi alma mustia, agobiada ¡Socórreme, Madre buena! por el amor de tu Esposo Jesús; me parece que me escuchas y

que me ayudarás, tú que el año pasado me hiciste un gran gracia, de lo que te doy las gracias de todo mi corazón...

Creo que es a ti a quien tengo que atribuir el bien que me ha hecho la lectura de los libros de san Juan de la Cruz que he hecho este año, de lo que te doy las gracias, Madre muy querida, miles de gracias. Tú —que por la voluntad de Dios— me inspiras dirigirme a ti y presentarme hoy este pobre jardín de mi alma en el estado tan lamentable. Tú —a mí me lo parece— es quien me responde una palabra muy suave, palabra que debe ser la receta, la regla, según la cual debe roturar mi alma con la ayuda de Jesús, y tu auxilio. Esta palabra: lo más perfecto, y lo que más perfecto siempre es la obediencia perfecta al director: “Quien os escucha, me escucha” lo más perfecto también en el cumplimiento de todos los actos del día, de la manera más perfecta, lo más perfecto en fin, haciendo todo “como nuestro Señor Jesús lo haría en mi lugar” (CARLOS DE FOUCAULD, *Carlos de Foucauld habla sobre Teresa de Jesús*, Iesus Caritas. Familias Carlos de Foucauld, Época V, 27 (1981) 6-7).

Al hermano Carlos le gusta releer, entre otros, este texto de san Juan de la Cruz: «El mayor honor que podemos rendir a Dios es servirle según la perfección evangélica; lo demás verdaderamente no tiene valor alguno para el hombre¹», sin embargo, los que más frecuentemente evoca y cita son los de santa Teresa; le gusta en particular el sabor de algunos de ellos, como éstos, por ejemplo: «Sólo Dios basta», o «Dios no quiere que os reservéis lo que sea, poco o mucho. Él reclama para sí todo lo que tenéis; y según que vuestro don sea más o menos absoluto, sus favores serán más o menos elevados²».

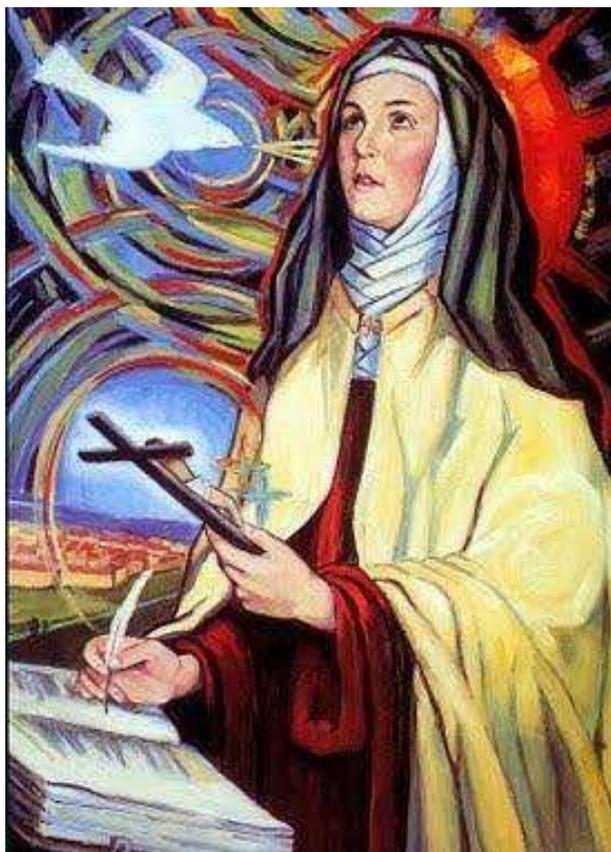
Los dos místicos le inician en un estado de dependencia absoluta respecto a Dios; le invitan a no mirar más que a Él solo y a trabajar pacientemente en su obra. El todo y nada de que habla san Juan de la Cruz se convierte para él en una opción de amor que ratifica sin cesar una exacta obediencia a las indicaciones de Dios. Su doctrina precisa sus primeras intuiciones sobre la trascendencia y el primado divinos (...) le inclina a consagrarse a su servicio y cumplir su voluntad “para ocuparse sin cesar del Bien amado; cuando se ama no se pierde de vista lo que se ama”³ (Cf. ROGER QUESNEL, *Carlos de Foucauld. Las etapas de una búsqueda*, (Bilbao 1967) 235-237).

¹ *Avisos y máximas*, 199.

² *Moradas V*, 1,4.

³ *Extractos de los Santos Evangelios* (Nazaret 1897-1898).

Testimonios y Experiencias



“Por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración, pasé este mar tempestuoso casi veinte años, con estas caídas y con levantarme y mal –pues tornaba a caer– y en vida tan baja de perfección, (...) pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años. Con todo, veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo: ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración. Digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor, que tratar traición al rey y saber que lo sabe y nunca se le quitar de delante. Porque, puesto que siempre estamos delante de Dios, parece a mí de otra manera los que tratan de oración, porque están viendo que los mira; que los demás podrá ser estén algunos días que aun no se acuerden que los ve Dios” (*Vida* 8, 2).

“Pues para lo que he tanto contado esto es, como he ya dicho, para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitud; lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios aun alma que la dispone para tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y cómo sien ella persevera, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación” (*Ibíd.* 8, 4).

MIS ENCUENTROS CON SANTA TERESA DE JESÚS

Una verdadera amiga

Tengo ante mí el primer ejemplar de las obras de santa Teresa de Jesús, que cayera en mis manos. Se trata de la séptima edición de Apostolado de la Prensa, fechada en Madrid, 1951. Libro de bolsillo, impreso en papel tipo biblia, de blancas páginas muy llenas de texto, y con un tipo de letra menuda pero de fácil deletración. Le tengo cariño a este libro. Es uno de los más antiguos de mi biblioteca. Lo adquirí cuando contaba diecisiete años. Y desde entonces me ha acompañado en multitud de momentos, sirviéndome de consuelo y estímulo en esas situaciones críticas que la vida se encarga de presentarnos.

Santa Teresa de Jesús ha venido a ser para mí una verdadera maestra, o mejor, una verdadera amiga, puesto que uno solo es nuestro maestro, y muy pocos los que alcanzan a amigos verdaderos. Viene bien recordar aquí las palabras de la santa que nos advierte que Dios no deja de enviarnos amigos que nos den la mano en el momento oportuno: “Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor, como me lo mostró, un persona de su parte que me diese la mano..., sin ir asida a nada más que a contentar a Dios” (*Vida*, 39,19). Pues bien, santa Teresa ha sido para mí esa persona de parte de Dios, que me ha enseñado a caminar aunque torpemente por mi parte, por los caminos de la búsqueda de la voluntad de Dios.

¿Quién me habló por primera vez de santa Teresa de Ávila? No lo puedo recordar. De recordarlo iría a darle las gracias en este momento. Pero puedo asegurar que mi temprana afición a las letras y a la militancia en la Acción Católica Juvenil de entonces, me condujeron de conjunto, ya en mi primera juventud, a beber del agua clara de la doctora del Carmelo.

Contentar solo a Dios

Al principio no me resultaba fácil su lectura, aunque sí atrayente. Su misma dificultad, me expoliaba. Recuerdo muy vivamente mis recuerdos con la santa, en la soledad del campo, sin más ruido que el zumbido de los insectos y el susurro del viento entre los árboles. Con ella alternando el Nuevo Testamento, comencé a saborear el plato fuerte de la soledad y el silencio. En un paisaje seco y quebrado, muy parecido al de la Castilla de la santa, comenzó a destilarme su sabiduría, recia y profunda, el Libro de la

Vida o de las Misericordias de Dios, con que me inicié en tan provechosa lectura.

Hoy, veintisiete años después, he sentido la curiosidad de buscar la primera frase de la santa que subrayé en aquella mi primera lectura. Desde siempre he subrayado los libros que leo. Es como si hiciera más mío lo que allí se dice; como si lo considerara escrito con algo de mi propia experiencia. Y en el capítulo segundo de la Vida, leo mi primer subrayado:

“Tengo por cierto que se excusarían grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardan de descontentaros a Vos” (Vida, 2,4).

Creo que esta lección nunca ha dejada de resonar dentro de mí. Y cuando han llegado los momentos que ponían en crisis el valor de nuestra vida cristiana y el valor de nuestros trabajos por el Evangelio, buscar agradar a Dios y no a los hombres, buscar la gloria de Dios y no el éxito de mis trabajos, me ha restituido la paz y la confianza en mí mismo.

El don de la amistad con Jesús

En mi época de estudiante de filosofía –21 a 24 años– es cuando llego a leer de un modo completo, de un tirón y pausadamente, el Libro de la Vida. Es mi libro preferido para la lectura espiritual que, en el Seminario, se nos impone como disciplina de formación. Entonces deseaba llegase la hora de la lectura espiritual, como quien espera una fiesta. Y muchos ratos libres, de los pocos que quedaban en el apretado horario de un seminario conciliar, también los dedicaba a su lectura, hurtándolos al juego o a la charla entre los compañeros.

De aquella época recuerdo con especial insistencia la llamada a la amistad con Jesús, con la humanidad de Jesús como gusta decir la santa. Ser cura, para mí se iba perfilando como ser de los íntimos de Jesús. Y sólo en dicha amistad se me aparecía como posible la vida plena en la entrega por causa de Jesús y del Evangelio. La misma afectividad, tan viva en mi modo de ser y en la edad que me ocupa, podía encontrar, según me inspiraba la santa, su equilibrio, satisfacción en esta amistad que nunca falla.

“Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer todo se puede sufrir. Es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es un amigo verdadero. Y veo yo claro y he visto después, que para

contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humildad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita” (Mt. 3,17) (Ibíd. 22.6)

Sería fácil multiplicar aquí las citas que me impresionaron y que fueron moldeándome en la amistad con Jesús, o al menos, en el deseo de esta amistad. No me resisto a cerrar este apartado de mis recuerdos, sin traer ahora esa síntesis gozosa de la experiencia mística de la santa abulense: *“Es gran cosa, mientras vivimos y somos humanos, traerle humano” (Ibíd. 9)*

“Traerlo humano”, es decir, tratar con El como con el mejor amigo, acudir a Él como quien nos espera, sería desde entonces una invitación perenne en el desarrollo de mi vida cristiana. Entonces, ya se abrieron en mí las bases de un cristianismo vivencial, nada ideológico.

Aprender a llamar a Dios, Padre

Creo que también fue Teresa de Ávila quien, de forma primera y poderosa, me ayudó a saborear el don de la filiación adoptiva. Ser hijo de Dios en el único Hijo, comenzó a ser para mí, en aquellos años, el fundamento más firme y seguro de mi vida.

Recuerdo una fuerte crisis vocacional —estudiaba 3º de filosofía— que parecía amenazar las raíces de mi entera existencia. Por un lado veía con toda claridad que no debía ser cura, que debía abandonar los estudios del seminario, por mi gran indignidad y falta de cualidades. Por otro, una pena indescriptible me desgarraba interiormente, sólo con pensar en tener que renunciar al camino del ministerio. ¿Qué hacer? La inexperiencia hace más difíciles estos conflictos internos. Una tarde de retiro espiritual leyendo a la santa, me sentí llamado al abandono. No tenía que hacer nada. Sólo confiar. Dios es Padre. Y el Padre sabe siempre lo es mejor para sus hijos. Sólo esta certidumbre me encalmaba. Yo no decidiría nada. Decidiría el director espiritual del Seminario. Y yo aceptaría la decisión, fuere cual fuere, porque ya la había aceptado, sin reserva ninguna, en mi corazón.

El nombre del Padre, dirigido a Dios, era suficiente para devolverme la paz y la alegría más profundas. Y ya nada tenía carácter de amenaza a mi vida.

La lectura al comentario del Paternoster, incluida en *Camino de Perfección*, desde el capítulo veintisiete al final del libro, me proporcionó no poco alimento de confianza y abandono, de regocijo

y paz, al saberme para siempre en los brazos del Padre, más fuertes que todos los vendavales de la miseria humana.

“¡Son tan poquísimos a los que engaña el demonio de los que rezan el *Paternoster!*” (*Camino*, 39,7), dice la santa. Y una dulzura sin nombre que es fortaleza envuelve el corazón de quien ha captado que, “siendo Padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas” (*Ibíd.* 27,2).

La llamada de las profundidades

En mis años de estudiante de teología, abandono temporalmente a Teresa de Jesús para introducirme en la lectura y estudio de san Juan de la Cruz. Bajo la experta guía del director espiritual del Seminario, dominador como pocos de la materia, descubro y soy materialmente absorbido por la recia teología mística del doctor de la Noche Oscura. Pero Juan de la Cruz que me seducía ante todo como poeta lírico y sistematizador de un pensamiento, jamás me llegó a conmovir con su experiencia mística, como había conmovido y me seguiría conmoviendo la doctora de las Moradas, más vivencial y directa en la exposición escrita de sus caminos interiores.

Después de leer los libros, *Subida al Monte Carmelo*, *Noche Oscura*, *Cántico Espiritual* y *Llama de Amor Viva* –toda la obra prácticamente del santo reformador –sentí la necesidad de volver a santa Teresa. Y esta vez fue el *Libro de las Moradas* o *Castillo Interior*, el que me hizo sentir la llamada de las profundidades de la vida contemplativa, con renovada urgencia.

Tengo muy presentes muchos de los momentos de aquella lectura. Sobre todo en las vacaciones de verano de tercero de teología. Con santa Teresa debajo del brazo me perdía por polvorientos caminos, buscando rincones apartados. La soledad se inflama de necesidad de entrar por los caminos de un conocimiento no racional de Dios.

“A mi parecer, me decía entonces la santa, jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza veremos nuestra suciedad... Terribles son las ardides y mañas del demonio para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos” (*Moradas* I, 2, 9 y 11).

La gran intuición de estos años, brotada al calor de la experiencia teresiana, es la perfección o realización de la persona, va unida al conocimiento amoroso de Dios. Y sin este segundo es

siempre falsa la primera. Ser hombre equivale ante todo a vivir en el amor de Dios.

“La perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y cuanto con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectos” (Ibíd. 2,17).

A la luz de las místicas orientales

Estaba participando en un campamento de los Amigos de El Arca en Güejar-Sierra (Granada). Era el verano de 1972. La experiencia comunitaria de los compañeros de El Arca, los nuevos caminos de la contemplación en relación con las técnicas y místicas orientales, y, la doctrina de la No-violencia, me habían llevado hasta allí. Delicioso lugar cercano a un río entre gigantescos cerezos y con balcones abiertos a cañadas y crestas de la Sierra Nevada. Allí tendría lugar mi último –por ahora–encuentro con la santa descalza.

Un día, en la charla que nos dirigía Lanza del Vasto, vino a decir algo semejante a esto: Los cristianos no tenemos que ir buscando en otras religiones lo que ya tenemos en la nuestra. Este es el caso de los grandes místicos del cristianismo, entre los que sobresalen los españoles Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, cuyas enseñanzas nos pueden dar, quizá, algo más de lo que podemos encontrar en las místicas orientales hoy en moda.

Con estos razonamientos, Lanza del Vasto no pretendía despreciar ni minusvalorar los contenidos de las religiones orientales, que él precisamente mejor que muchos en Occidente conocía y valoraba. Sólo pretendía ponernos en guardia contra el snobismo de quienes siempre van a la caza de lo último que suena en el mercado internacional, sin valorar suficientemente lo que ellos ya tienen y pueden potenciar y ofrecer de sus propias tradiciones religiosas y culturales.

Ante estas reflexiones del ya desaparecido maestro fundador de El Arca, yo experimenté una fuerte sacudida interior. ¿Acaso no había sido yo también un snobista de los que él denunciaba? En los últimos años de mi vida se había reducido de forma considerable la tensión orante. Estaba decididamente bajo los influjos de la crisis secularizante. Pero la necesidad del encuentro con Dios jamás se había borrado de mí. El nombre y estimación de la santa abulense en la boca del yogui, discípulo de Gandhi, Lanza del Vasto, me hizo volver mi mirada hacia atrás, hacia los buenos momentos y excelentes que me había prestado la doctora mística. Al cabo de ocho

años, volvería a tomar las obras de la santa reformadora, relejendo las Moradas, y empalmando así mis nuevos tanteos por el mundo espiritual y cultural, con las mejores experiencias de mi vida pasada.

Fue entonces cuando la lectura de santa Teresa me ofreció otra de estas síntesis tan admirables de que la carmelita eran tan pródiga. Nadie vive más y mejor su compromiso con la vida, que quien se ha dejado conducir a las simas de la contemplación infusa. O dicho de otro modo más asequible a todos: Nadie es más útil a los hombres que quien vive totalmente entregado a Dios.

Esto era lo que yo leía en cada una de las páginas de las tres últimas Moradas Interiores. Hablando de Moisés, llegara a decirnos la santa que, la fuerza liberadora del caudillo de Israel, la recibía de los misterios profundos que Dios le comunicaba:

“Más si no mostrara Dios a su alma secretos con certidumbre para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan graves trabajos; más debía entender cosas dentro de los espinos de aquella zarza (Ex. 3, 3), que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el Pueblo de Israel” (Ibíd. VI 4, 7).

¿No sería esta también la misma e idéntica experiencia de la santa en sus arduos trabajos de la reforma carmelitana? Ella supo, y por eso pudo comprender el secreto de la valerosa y valiosa vida de Moisés, que el hombre se hace liberador de sus hermanos, cuando él mismo ha sido liberado de Dios. ¿No se encierra aquí la clave de toda vida misionera? Y en el gozo de esta única liberación, el amigo de Dios se convierte en el mejor amigo de los hombres.

Bien se ve, porqué puedo llamar a Teresa de Jesús verdadera amiga y verdadera hermana. Mis encuentros con ella siempre me han sido gratificantes, siempre me han resultado poderoso estímulo en el avance de mi vida de fe. Justo era, pues, que al sonar la hora de este centenario, uniera esta voz de mi debilidad a otras voces más fuertes que vendrán a cantar las glorias de quien supo reconocer las misericordias de Dios en su entera vida.

ANTONIO LÓPEZ BAEZA,
Mis encuentros con santa Teresa de Jesús, Iesus Caritas. Familias Carlos de Foucauld, Época V, 27 (1981) 12-17.

“SEÑOR, ¿QUÉ MANDÁIS HACER DE MÍ?” Historia de una llamada del Esposo

“Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversión de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por solo leer lo que se dice el evangelio: muchos son los llamándolos y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejaban por él. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima” (*Vida* 3,1)

“Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada. Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que había de servir. Más todavía deseaba no fuese monja, que este no fuese Dios servido de dármele... A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa. También tenía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad que lo bien que me estaba a mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo” (*Ibíd.* 3,2)

“En este tiempo, aunque yo no estaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor” (*Ibíd.* 3,3)

“En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí misma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que este era mi deseo. Y en este movimiento de tomar estado, más me parece me movía un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaría a llevarlos, debía pensar, que esto postrero no me acuerdo. Pasé hartas tentaciones estos días” (*Ibíd.* 3,6)

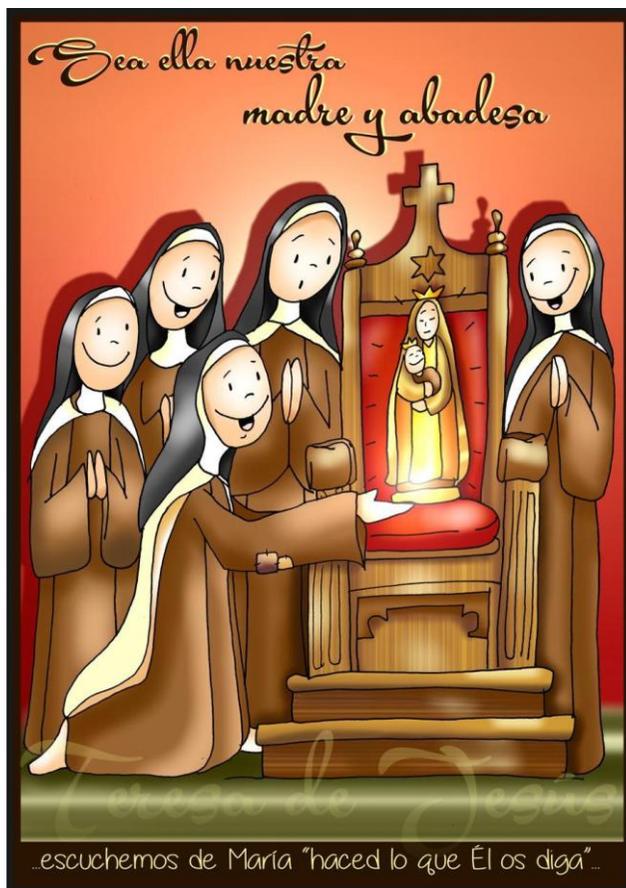
“Diome la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía en las Epístolas de san Jerónimo que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hábito, porque era tan honrosa que me parece que no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez” (*Ibíd.* 3,7)

“Parecíame a mí, Señor mío, ya imposible dejaros tan del todo a Vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer, porque, en apartándoos un poco de mí, daba todo en el suelo. Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo a Vos, no me dejasteis Vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar, con darme Vos siempre la mano; y muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender cómo muchas veces me llamabais de nuevo” (*Ibíd.* 6,9).

“Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios –tan enemigo uno del otro– como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí (que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración) sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto qué sujeto bastó a sufrir que no dejase lo uno o lo otro. Bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes” (*Ibíd.* 7,17).

“No digo que son estas voces y llamamientos como otras que diré después sino con palabras que oyen a gente buena o sermones o con lo que lee en buenos libros y cosas muchas que habéis oído, por donde llama Dios, o enfermedades, trabajos, y también con una verdad que enseña en aquellos ratos que estamos en oración; sea cuan flojamente quisieris, tiénelos Dios en mucho. Y vosotras, hermanas, no tengáis en poco esta primera merced ni os desconsoléis aunque no respondáis luego al Señor, que bien sabe Su Majestad aguardar muchos días y años, en especial cuando ve perseverancia y buenos deseos” (*Ibíd.* II 1,3).

Ideas y Orientaciones



“El bien que tiene quien se ejercita en oración hay muchos santos y buenos que lo han escrito, digo oración mental... De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje, pues es el medio por donde puede tornarse a remediar, y sin ella será muy más dificultoso. Y no le tiene el demonio por la manera que a mí, a dejarla por humildad; crea que no pueden faltar sus palabras, que en arrepintiéndonos de veras y determinándose a no le ofender, se torna a la amistad que estaba y hacer las mercedes que antes hacía y a las veces mucho más si el arrepentimiento lo merece” (*Vida* 8, 5).

“Y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque, cuando no fuere adelante y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a estos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase” (*Ibíd.* 8, 5).

“No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (*Ibíd.* 8, 5).

“Pues hablando de los principios de los que ya van determinados a seguir este bien ya salir con esta empresa... en estos principios está todo el mayor trabajo; porque son ellos los que trabajan dando el Señor el caudal; que en los otros grados de oración lo más es gozar” (*Ibíd.* 11,5).

TERESA DE ÁVILA Y LA ESPAÑA DE SU TIEMPO

La obra de Joseph Pérez nos ayuda a comprender el contexto de la vida y la obra de santa Teresa (Cf. *Un libro ... un amigo*).

Notas para comprender la vida de la santa

Hace notar el autor que los años de infancia y adolescencia (1515-1535) de la santa trascurrieron en un hogar hidalgo. Es de mucho interés leer con detenimiento las páginas que dedica al hallazgo en 1940 de la documentación de Narciso Alonso Cortés sobre el litigio que mantuvo Alonso Sánchez de Cepeda en la Cancillería de Valladolid para acreditar su condición. No son de menos interés las líneas que el autor dedica en su investigación para mostrar las raíces judías de los Cepeda cuestión que concluye escribiendo que en “ese momento histórico nadie se indigna de verlos como gentilhombres y disfrutar del privilegio de hidalguía amén de otros como estar exentos del pago de impuestos”. Estas circunstancias que describe con detenimiento le hacen llegar al investigador a la conclusión de que “a principios del siglo XVI Castilla es una sociedad abierta. Teresa de Ávila nació en una familia cristiana de tal modo que cuarenta años más tarde, cuando se le acusó de iluminismo, a nadie se le ocurrió desacreditarla mencionando su condición de conversa, que hubiese sido el medio más eficaz para perjudicarla.

Teresa no es feliz en el convento (1535-1562). Cae enferma. Llega a sus manos el *Tercer Abecedario* del franciscano Francisco de Osuna, regalo de un tío suyo, que tanto influiría en su vida espiritual. Curiosa la anécdota que narra el autor: “En agosto de 1539 sufre un síncope y la dan por muerta celebrando incluso una misa de difuntos por su alma y cavando su tumba. Después de dos o tres días recupera el conocimiento. Quedará marcada toda su vida por las secuelas de esta larga y misteriosa enfermedad. Sobre el diagnóstico de su enfermedad a múltiples pareceres”. Nunca se restablecerá plenamente. En la Cuaresma de 1554 le prestan las *Confesiones* de san Agustín que le impactan (*Vida*, 9) y provocan su radical conversión. La santa cuenta con cuarenta años cuando decide entregarse por entero a Dios. Comienza una segunda vida. Los católicos y protestantes se constituyen en confesiones rivales. En Francia comienzan guerras de religión. En España se cree ver luteranos por todas partes. “Andaban los tiempos recios”.

El investigador narra el comienzo de la reforma con la fundación del Carmelo de san José que exige tesón y medios económicos (1562-1582) e indica que los problemas no son pocos con la Orden del Carmelo y los responsables municipales. Encuentra apoyos en los jesuitas recién asentados en la ciudad de Ávila. La oposición que encontró en muchos obligó a Teresa a hacer una concesión: el monasterio de san José no dependerá de la Orden del Carmelo sino del ordinario y, por tanto, debe obediencia al obispo de Ávila. El autor hace notar que Teresa, que tanto amaba la naturaleza, no fundó nunca una casa religiosa en el campo. Busca sus razones y dice que “solo en las ciudades encontrarán las carmelitas el ambiente cultural necesario para alcanzar la plenitud en su vida espiritual, por ejemplo, con las escuelas y universidades que les proporcionan directores espirituales versados”. Es en la Castilla urbanizada y próspera, casi diríamos burguesa, donde se da la reforma carmelitana. Teresa tiene habilidad para entenderse con los hombres de negocios que, llegado el caso, pueden convertirse en mecenas de la reforma. Las fundaciones se sitúan en una franja de unos doscientos kilómetros de ancho que atraviesa España de norte a Sur y donde se concentra la riqueza del reino de Castilla. Allí surgieron los grandes movimientos políticos, culturales y espirituales del siglo: la revolución de las Comunidades, el humanismo, el erasmismo, las inquietudes religiosas, ya sea en su forma heterodoxa –iluminismo, luteranismo-, ya sea en su forma ortodoxa –doctrina del recogimiento o la mística-.

La santa reformadora, hija de su época

El autor se detiene en su estudio en la creatividad de Teresa y narra algunas intuiciones de diversa índole pero plenas de humanidad: el uso de las alpargatas de cáñamo, la creación de ermitas para que las religiosas pudieran recogerse, y los periodos de recreación ya que a la fundadora siempre “alentaba a las religiosas a cantar y a organizar concursos poéticos” con el objetivo de disipar la tristeza y la melancolía. Teresa impone la norma de que las religiosas deben vivir de su trabajo, nunca deben estar sin hacer nada pero no contaba con el hundimiento de la economía que puso en situación difícil a más de una casa conventual. En estas condiciones se entiende que Teresa multiplique los consejos para ahorrar, para no endeudarse, y para que los gastos no fueran superiores a los ingresos.

Un capítulo dedica el libro a la muerte de la santa datada el 4 de octubre de 1582, víspera del viernes 15 de octubre. La singularidad brota de la disposición de Gregorio XIII que decidió suprimir diez días del calendario a fin de corregir el desfase acumulado durante siglos con respecto al año solar. Es muy interesante las páginas que se dedican en el libro al diagnóstico de su muerte con muchas versiones pareciendo la más acertada el diagnóstico de una “hemorragia uterina”, una “metrorragia”, tal vez debido a un cáncer de útero, o bien un carcinoma uterino, probablemente de origen canceroso. De interés el reparto de las reliquias de la santa. En un extenso relato se cuenta como su cuerpo fue descuartizado literalmente para hacer reliquias.

El capítulo VI estudia la sociedad de la época extrayendo de los escritos de Teresa las opiniones que le merecía el clero, las clases dirigentes, la política y la situación de la mujer. El clero, reconoce es, junto con la nobleza, un estamento privilegiado exento del pago de impuestos y con derecho a ser juzgados por una jurisdicción especial. El autor hace un estudio del bajo clero y dice que “deja mucho que desear. Se aceptan para curas del campo a cualquiera, hombres con un solo propósito en la vida que es vivir sin trabajar. La inmoralidad del clero no tenía nada de excepcional. La mayor parte del territorio estaba poco o nada evangelizado. En las ciudades sobran clérigos. La Iglesia española es rica y recauda los tributos correspondientes. Critica en el clero la vanidad, los comadreo, las mezquindades, las rivalidades. No era ajena a las rivalidades entre carmelitas descalzos y calzados”. No obstante se colige de sus escritos que la santa admiraba el dinamismo de los jesuitas, la formación teológica de los dominicos, el ascetismo y el espíritu de sacrificio, de los cartujos y eremitas, de los franciscanos.

El autor advierte que Teresa habla poco en sus escritos de los pobres en una Castilla arruinada por la inflación y vuelve a insistir en que la vida y obra de Teresa de Ávila se asemejan a una protesta contra la situación impuesta a las mujeres en la sociedad del siglo XVI. Le indigna la servidumbre que aguarda a las mujeres una vez casadas por lo que, a pesar de las limitaciones materiales e intelectuales impuestas por la vida conventual, estas mujeres pudieron encontrar en ella la posibilidad de un desarrollo personal pleno que les estaba vedado en el mundo en el que vivían.

FLORECILLAS TERESIANAS

Poesía y vida

Es una leyenda difundida en Francia, nada menos que por el filósofo Maritain. Que Teresa solía decir: “Esta vida sería intolerable si no hubiese poesía”

“Así trato yo a mis amigos”

Camino de Burgos. Última de sus fundaciones. Barrizales y atolladeros en el camino. Teresa y sus monjas tienen que apearse del carromato y abrirse paso en el fango. En el paso de Los Portones, están a punto de volcar en el río Arlanzón.

Ella se recoge un momento y se queja a su Señor. El Señor le responde: “Ánimo, Teresa, que así trato yo a mis amigos” Y ella le contesta: “Por eso tienes tan pocos”.

Ya años antes, al saber detalles acerca de la carcelilla de fray Juan de la Cruz en Toledo, había escrito refiriéndose a él: “Terriblemente trata Dios a sus amigos”.

Las tres mentiras

Era una vez... un caballero impertinente. Logró entrevistarse con madre Teresa en el Carmelo de Valladolid. Y quiso ponerla en un aprieto: “Hanme dicho de vos que sois hermosa, discreta y santa. ¿Qué pensáis vos de todo esto?:

Y ella contestó: “Pues... a lo de hermosa digo que a la vista está. A lo de discreta, digo que no soy tonta. Ya lo de santa... digo que solo Dios lo sabe”.

“Cuando perdiz, perdiz...”

Iba Teresa por tierras de la Mancha, camino de Malagón. En la posada, el alcalde del pueblo le hizo servir una perdiz estofada. Ella se la comió con naturalidad. Cuando alguien se escandalizó de tan poca sobriedad de una descalza reformada con fama de santa, ésta contestó “Cuando perdiz, perdiz; y cuando penitencia, penitencia”.

EL MENSAJE DE TERESA DE JESÚS: UNA ESPIRITUALIDAD PARA TIEMPOS DIFÍCILES

La fe es un combate

La fe es un combate espiritual, una lucha frente a la noche, frente a las zonas de increencia y de tinieblas que a veces invaden nuestra vida. Los grandes místicos, de santa Teresa de Ávila a Teresa de Lisieux, de Juan de la Cruz a Carlos de Foucauld, han vivido su fe en la noche. Carlos de Foucauld escribía en el año 1916: *“En cuando al Amor de Jesús para con nosotros, se nos ha dado bastantes pruebas para que creamos en Él sin sentir nada. Sentir el Amor de Dios, sería gozar del cielo; el cielo, salvo escasos momentos, no es la situación normal de nuestra vida cotidiana...”*

Hoy día vivimos momentos difíciles, una verdadera crisis de civilización que repercute en el mundo cristiano, en la misma Iglesia, en la vida de los militantes y de la gente de “a pie”, en la vida de las religiosas, de los sacerdotes y de todos aquellos que intentan abrir caminos de luz, de esperanza, una esperanza que se quiere “consistente” fuerte, capaz de enfrentar la intemperie. Teresa de Ávila en su autobiografía nos habla de las palabras “sustanciales” que penetran en el meollo de nuestro entendimiento, palabras tan necesarias en épocas de búsqueda y mutación. Palabras que transforman el alma de Dios, *“Desearía prevenir los posibles engaños y mostrar la diferencia que hay según estas palabras proceden del buen o del mal espíritu. Las palabras del Señor son palabras y obras. Y aún cuando no son para consuelo sino para represión nuestra, desde un principio disponen el alma y la capacitan, la enternecen y le dan luz, le traen alivio y paz, si uno estaba agitado o inquieto se le pasa...”* (Vida 25).

En nuestros tiempos, como en la época de Teresa, podemos caer en discursos religiosos, piadosos, recurrir a lo religioso de tipo evasivo, proponer la experiencia religiosa como única alternativa ante un mundo donde muchos ideales, ideologías, proyectos se van diluyendo. La mística carmelita nos recuerda que ante la oscuridad de la vida, no se trata de encontrar un nueva “solución” sino de experimentar la presencia de Dios en lo cotidiano, en el “hoy de Dios”. La verdadera mística no consiste en absolutizar una pretendida solución a los males del tiempo actual sino de ponernos humildemente a la escucha del mundo, a la escucha de Dios, con paciencia, sin dejarnos engañar por las falsas “visiones imaginarias” (Ibid. 28). La fe no es solución de decepciones y desencantos. A

medida que uno avanza en el conocimiento de Dios, experimenta al mismo tiempo un cierto alejamiento doloroso. Os recomiendo la lectura del capítulo catorce de su autobiografía en el que Teresa nos describe este estado de quietud, recogimiento, sosiego, que se acompaña a veces de momentos de sequedad. Siguiendo el estilo de las parábolas evangélicas, ella parte de la vida y nos habla de los hortelanos de su pueblo de Castilla que sacan agua para regar el huerto: “... *El hortelano saca agua y con menos trabajo por medio de un torno con cubos; ya que no está obligado a trabajar continuamente, sino que se puede descansar. Pues bien, quiero hablar de este modo de sacar agua del pozo, aplicándolo a esa oración que se llama oración de quietud... Los sentidos del alma se recogen dentro de sí para gozar y saborear mejor esa felicidad y contento... pero hay momentos en la vida en que ya no se ve nada de huerto y no se encuentra agua para regarlo, y se sufre mucho... Comprendemos que no somos nada, en esto se adquiere mucha humildad y nuevamente crecen las flores...*” (Ibíd. 14)

La vida mística no niega, sino que parte de la vida

La actitud teresiana no tiene nada que ver con la crispación de aquellos que piensan tener toda la verdad y viven con tensión para defenderla. La vida mística, según ella, es paz, humildad, sencillez, ternura... “*Mientras estamos en presencia de la Sabiduría infinita, creedme que más vale la ciencia y la práctica de la humildad que toda la sabiduría del mundo...*” (Ibíd. 15)

Otro aspecto que me parece importante: una espiritualidad que parte de la vida. Recordemos la metodología de los Movimientos apostólicos, el ver-juzgar-actuar, el pasar de una visión superficial a una reflexión pensada, objetiva, y finalmente evangélica. Pasar del “ver” exterior al “ver” divino. Tanto Teresa de Ávila como Juan de la Cruz son dos religiosos que se mueven en un ambiente muy especial, el pequeño “mundillo” de los conventos, la dirección espiritual, la oración de los contemplativos. Quizás su experiencia nos parezca ajena a la vida y a las preocupaciones del hombre de hoy. Sin embargo, en sus celdas, en sus viajes por tierras castellanas, y andaluzas, en medio del siglo XVI, los dos han descubierto que Dios se descubre en lo real de la vida, el único medio de reconocer la riqueza de la vida es el Amor. Teresa de Ávila no es cristiana porque ha nacido en la cultura cristiana de la España del siglo XVI, sino porque en los acontecimientos de la vida de Jesús ha percibido la verdad universal, el sentido absoluto de lo infinito: “*En un comienzo yo ignoraba que Dios estuviera en todas las cosas... No podemos contentar*

a Dios sino por medio de la Santísima humildad de Cristo; ha visto que esta es la puerta por la cual debemos entrar... Por ser humanos, al pensamiento le hace falta habitualmente algo en que apoyarse. Es muy importante para nosotros que nos relacionemos con Cristo hombre...” (Ibíd. 22).

En cuanto a la oración Teresa nos trasmite una definición sencilla y precisa: “*No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas, con quien sabemos nos ama*” (Ibíd. 8). Definición muy concisa que no quiere decir que la oración sea algo fácil. Teresa era amiga de la contemplación pero no era ingenua y en su propia carne había sentido durante muchos años al miedo, el aburrimiento, la inseguridad, las falsificaciones, de lo “espiritual”. La oración de Teresa de Ávila supone diálogo, admiración, el gozo, el llanto, la pregunta y el final de todo lo que ella llama: “las obras”, nosotros diríamos el “compromiso”. Al final de las Séptimas Moradas, cuando llega a un grado muy profundo de contemplación mística, no cae en una espiritualidad intimista. Recuerda a las religiosas que la vida mística supone una gran humildad, una referencia cotidiana a la humanidad de Jesús y una vida en conformidad con lo que se siente. “*Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras*”. (Moradas VII 4,6).

La gran influencia de la espiritualidad del Carmelo

La espiritualidad carmelita va a marcar la vida y el pensamiento de los grandes creyentes del final del siglo XIX y principios del XX, aquellos precursores de la pasión por la misión en los ambientes más descristianizados o no-evangélicos. Estos profetas intentaron la síntesis entre el mensaje de Jesús y el mundo moderno: Carlos de Foucauld en medio del mundo musulmán, Teresa de Lisieux que vive en su carne el drama del ateísmo moderno, los primeros curas obreros en los años de la post-guerra mundial, los Institutos Misioneros (Prado, Hermanitos de Jesús, Misiones de París, Hijos de la Caridad,...), el pensamiento personalista de Emmanuel Mounier, la difusión de los libros del Padre Voillaume. Detrás de este hervor misionero, había una mística, una espiritualidad, en gran parte la espiritualidad carmelita. Contemplación silenciosa, enterramiento en zonas de misión, anuncio del Mensaje a través del testimonio de la vida eran los ejes de presencia cristiana.

Carlos de Foucalud decía: “*Durante diez años, por decirlo así, sólo he leído dos libros: Santa Teresa y san Juan Crisóstomo. Teresa de Ávila la he leído y releído diez veces...*” (8 de Marzo 1989). La espiritualidad carmelita es profundamente misionera. Teresa de Jesús afirma con fuerza que una auténtica mística de unión a Dios se puede vivir dentro de una vida activa (*Fundaciones* 16) No olvidemos que la vida de Teresa fue desbordante (Dieciséis conventos levantados en menos de veinte años, 14.600 cartas... de las que dirá “me mata tanta baraúnda”. Teresa además tenía una salud quebrantada.

Hoy esperamos un “relanzamiento”, se nota una falta de espiritualidad fuerte, un cierto cansancio ambiental. El impulso misionero parece debilitado. La Iglesia oficial recuerda los “peligros” de la Misión, se fomenta el repliegue al interior de las estructuras eclesiales. Ojalá para compartir no sólo los peligros sino también las maravillas del caminar, luego seguir la marcha en el desierto “aunque sea de noche”...

El mundo en el que vivimos tiene “reservas de vida espiritual” no expresada. El nuevo despertar de la Misión supone el despertar de la vida contemplativa, la revolución del silencio, este silencio que no nos viene solamente de las técnicas orientales (aunque sean muy respetables), sino de la gran tradición bíblica en la que el Carmelo encuentra sus raíces. Para utilizar una imagen de Teresa de Ávila: “*que crezcan de nuevo las flores...*” Un argelino que venía de un pueblo de la meseta del Aures y que se encontraba como emigrante en un suburbio de París, me decía una noche: “aquí no se van las flores del cielo...”. Hablaba de las estrellas, invisibles en la mayoría de las noches de nuestras grandes ciudades industriales. ¿Dónde están las estrellas, donde están los profetas? “*Hay momentos en la vida, dice Teresa en su autobiografía en el capítulo 14, en que ya no se ve nada de huerto; todo parece seco y no se encuentra agua para regarlo. Y de que todos sus esfuerzos para regar y para abonar han sido vanos... reconocemos que no podemos nadar si Dios nos quita el agua de la gracia. En esto se adquiere mucha humildad y nuevamente crecen las flores...*”

PEPE RODIER, *Una espiritualidad para tiempos difíciles*, Iesus Caritas. Familias Carlos de Foucauld, Época V, 27 (1981) 8-11.

REFORMA DEL CARMELO. REFORMA DE LA IGLESIA

La Reforma del Carmelo

Dos gracias interiores marcarán definitivamente su conversión en la cuaresma de 1554: La visión de un Cristo llagado, que la entenece (*Vida*, 9,1) y la lectura del libro de las Confesiones de san Agustín, en las que ve reflejada su vida (*Ibíd.* 9,8).

Con una intensa vida de oración y la ayuda de buenos confesores, Teresa va a franquear el umbral de la mística, cuyas etapas se sintetizan en tres períodos:

1. Período de unión

La gracia irrumpe con fuerza; se afianzan las virtudes; se purifica su afecto humano desviado. Entre las gracias extraordinarias que describe podemos destacar: La experiencia de la presencia de Dios en su alma (*Ibíd.* 10,1); La liberación afectiva, fruto de una gracia del Espíritu Santo (*Ibíd.* 24,5-7); Audición de las palabras de Cristo: «Yo te daré Libro Vivo» (*Ibíd.* 26,5); Primeras visiones de la humanidad de Cristo (*Ibíd.* 27,2; 28; 29)

Con estas gracias se intensifica su amor hacia Cristo, su devoción a su humanidad y a la Eucaristía (*Ibíd.* 22). Teresa goza cada vez con mayor intensidad la compañía y el diálogo de Cristo. Vive en su presencia.

2. Período extático

Corresponde a lo que Teresa llama “desposorio espiritual”. Predomina una irrupción de la gracia (éxtasis) que purifica y reforma profundamente su vida. Continúa su vida de intensa oración y de gracias altísimas. Empieza a redactar algunas relaciones sobre el estado de su alma y el primer esbozo de su autobiografía. Este período se caracteriza igualmente por una intensa actividad en sus primeras fundaciones; explosión de su carisma pedagógico en la formación de las primeras descalzas; redacta su Autobiografía y el Camino de Perfección.

3. Período de unión consumada

En plena actividad fundacional, 1572, Teresa recibe la gracia del “matrimonio espiritual”. Van cesando las experiencias místicas

violentas y sobreviene un período de paz y quietud, presagio de la gloria.

La unión con Dios es continua. Llega a una altísima contemplación del misterio trinitario y a una plena participación de los misterios de Cristo. Su actividad de escritora llega a su culmen con la redacción de las Moradas.

Lleva a cabo una incansable labor pedagógica en sus monasterios. Y, sin embargo, es éste el período de una actividad extenuante: fundaciones, conflictos de la Reforma, sospechas de la Inquisición, problemas familiares, múltiples negocios, innumerables cartas y atención de asuntos. Es el período de plenitud humana y espiritual.

La madurez espiritual, la plenitud de experiencia divina y de servicio eclesial, desembocan en su tránsito a la gloria donde se visibiliza el secreto de su vida: El deseo de ver a Dios: “*ya es hora Esposo mío que nos veamos*” junto a la vibración plena y confiada de vida eclesial, “*muerdo hija de la Iglesia*”.

Influencia de la Reforma del Carmelo en la Reforma de la Iglesia

Teresa de Jesús fue realmente una gracia para la Iglesia de su tiempo y una inyección de vitalidad para el mundo: mujer, creyente, consagrada, fundadora, reformadora, santa y doctora de la Iglesia. A través de la Reforma del Carmelo logró influir significativamente no sólo en la renovación de la Iglesia sino también de la propia sociedad española. Ofrece como alternativa su aventura interior y su proyección apostólica, su “pasión por la Iglesia”. Una visión del infierno agudiza una preocupación por la salvación de las almas y enciende en ella ansias de vida más perfecta en una comunidad selecta (*Vida* 32). De este primer impulso nacerá la Reforma del Carmelo.

Una mujer que emerge como abanderada de la presencia de la mujer en el escenario social y eclesial, marcada por la búsqueda de la verdad para vivir y no solo para saber, superdotada en las relaciones interpersonales. Con una vocación clara para la oración vivida, como expresión de su «relación de amistad con Dios». Una mujer líder, maestra del trato amistoso con Dios y con las personas.

MONS. ÁNGEL PÉREZ PUEYO,
Obispo de Basbastro – Monzón
Extractó: Redacción del BOLETÍN

LA PERSONALIDAD DE TERESA DE JESÚS

He titulado mi artículo con el rótulo de “La Personalidad de santa Teresa de Jesús”, elegido como el más acorde con mi condición de psicólogo.

La fiabilidad del autoinforme en los escritos de santa Teresa para estudiar su Personalidad

Los abundantes escritos de santa Teresa de Jesús nos permiten a los psicólogos considerarlos un valioso documento de autoinforme y contraste para estudiar su personalidad.

Escribe mucho, pudiendo comprobarse que lo hace con sinceridad y autenticidad: sin falsificaciones, sin engañarse ni pretender engañar. Dice ella misma en el prólogo del Libro de la Vida 1. *“Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Diérame gran consuelo. Mas no han querido, antes atádome mucho en este caso”*.

Y dice a continuación en el punto 2. *“Sea bendita (Su Majestad) por siempre, que tanto me esperó, a quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis confesores me mandan...”*

Y escribe el Libro de las Fundaciones obedeciendo en 1562 al padre dominico fray García de Toledo, y en 1573, estando en Salamanca, al padre jesuita Maestro Ripalda, diciendo: *“Puédese tener por cierto que se dirá con toda verdad, sin ningún encarecimiento, a cuanto yo entendiere, sino conforme a lo que ha pasado. Porque en cosa muy poco importante yo no trataría mentira por ninguna de la tierra; en esto, que se escribe para que nuestro Señor sea alabado, haríase gran conciencia, y creería no sólo era perder tiempo, sino engañar con las cosas de Dios, y en lugar de ser alabado por ellas, ser ofendido. Sería una gran traición. No plega a Su Majestad me deje de su mano, para que yo la haga”*.

A los psicólogos nos atrae estudiar los impulsores del psiquismo para la configuración de la personalidad: la infancia como una situación crítica en sí misma, por la genética heredada, y por el clima familiar y de relaciones parentales y tutelares que el niño vivencia como impronta de su temperamento y carácter; y posteriormente las situaciones críticas biográficas por las que cada uno haya pasado.

Las cinco encrucijadas existenciales en la autobiografía de santa Teresa: De Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada a D^a. Teresa de Ahumada. De D^a. Teresa de Ahumada a Madre Teresa de Jesús.

1. La infancia como primera encrucijada existencial.

Así narra Teresa su infancia: *“El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin... Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos... Con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos., Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados... Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad... Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente... Éramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre”* (Autobiografía 1)

2. Segunda encrucijada: Muerte de su madre al inicio de su adolescencia

Su madre muere en 1528 contando ella 12 años, y pide entonces a la Virgen que la adopte como hija suya. *“Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas”.*

En manos de Teresa caen algunos libros de gestas. Se extiende por entonces en España un espíritu de aventura y conquista: parten guerreros a Flandes, conquistadores a América, y la literatura vive de este espíritu. Y entonces ella sueña con ser una de las damas que se acicalan y perfuman para sus galanes ilustres.

Sus contemporáneos nos han dejado su retrato físico...Daba gran contento mirarla y oírla, porque era muy apacible y graciosa en

todas sus palabras y ademanes. Tenía particular aire y gracia en el andar, en el hablar, en el mirar y en cualquier ademán que hiciese, vanidosilla y agraciada; agradable y conversadora. Los vestidos, aunque fuesen viejos y remendados, todos le caían muy bien (Cf. J. MARTÍ BALLESTER, «*Teresa de Jesús. Fundadora y Orante*», [acceso: 29.06.2015] <http://www.catholic.net/op/articulos/40416/teresa-de-jess.html>). El coqueteo le gusta, pues encuentra además la complicidad de sus primas y la corteja un primo suyo. Lo dice ella así: “*Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecía a mí no eran ningún pecado, muchos años. Ahora veo cuán malo debía ser*” (*Vida*, 2.2). Y al ver su padre con malos ojos su relación con su primo, decide internarla en 1531 en el colegio de Gracia, regido por agustinas. Sin embargo sigue siendo “... enemiguísima de ser monja”. (*Ibíd.*2,8).

3. Tercera encrucijada: Opción de vida definitiva en plena juventud

A punto de cumplir sus 20 años, la vocación religiosa se le va planteando como una alternativa. Ingresa en el convento con la oposición de su padre, en 1535. Dos años después, en 1537 (con 22 años), sufre una dura enfermedad, que provoca que su padre la saque de la Encarnación para darle cuidados médicos. Regresa a La Encarnación dos años después en 1539 (24 años), aunque tullida por las secuelas, tardará en valerse por sí misma alrededor de 3 años (hasta los 27 años). Tras sus enfermedades, surge la gran devoción que profesó a san José, teniendo una salud frágil durante más de 20 años.

4. Cuarta encrucijada. Conversión: de monja disipada a monja consagrada.

La vida conventual era entonces muy relajada con cerca de 200 monjas en el monasterio y gran libertad para salir y recibir visitantes. Así lo cuenta ella: “*Pues así comencé, de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad como es tratar de oración tornarme a llegar a Dios. Y ayúdome a esto que, como*

crecieron los pecados, comenzóme a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud” (Ibíd.7,1).

Poco a poco, por su historial clínico de enfermedad agónica en su época juvenil que ha quebrantado su salud, Teresa está condicionada, preparada, o predispuesta a recibir el “inshig” o el impacto de su definitiva conversión: se retira de coqueteos y vanidades que la “disipaban”, al contemplar al Cristo abandonado en su deplorable aspecto de crucificado, en la cuaresma de 1554; a sus 39 años y 19 de religiosa llora desconsoladamente ante ese Cristo llagado pidiéndole fuerzas para no ofenderle. Desde este momento su oración mental se llena de estados sobrenaturales y de visiones; recibe muchas visiones y experiencias místicas elevadas, pero una visión muy viva y terrible del infierno le produce el anhelo de querer vivir su entrega religiosa con todo su rigor y perfección. Con estos impactos cierra el período de “disipación” y son su “leif motiv”, su móvil, para la reforma de la vida contemplativa en las fundaciones de sus conventos (Cf. Autobiografía 9).



5. Quinta encrucijada: Monja reformadora y fundadora

Su total consagración la lleva a la reforma del Carmelo y la primera fundación. Esta primera fundación será una aventura burocrática y humana con muchos altibajos. En un momento parece que todo fracasa y Teresa, siempre obediente, se retira a su celda sin poder hacer nada. Por obediencia parte entonces a Toledo varios meses, para consolar a la viuda Luisa de la Cerda. Esta distancia favorecerá los progresos del monasterio de San José de Ávila, que progresan a escondidas, a pesar de los rumores, pero Doña Guiomar de Ulloa y el Padre Ibáñez logran de Roma la autorización. Regresará para encontrarse con el breve del Papa.

Fundado el 24 de Agosto de 1562, encuentra una terrible hostilidad, proveniente de la Iglesia que ve ninguneada su autoridad, se alzan algunas voces pidiendo el derribo del nuevo convento, toda la ciudad está alborotada, y Teresa debe abandonarlo dejando a las cuatro novicias solas, para volver a su celda de La Encarnación. Sólo se podrá incorporar un año después de su fundación, dejando la celda amplia y las comodidades de La Encarnación por las estrecheces de San José de Ávila, pequeño y austero hasta el extremo. Por mucho tiempo parece que la fundación de la nueva orden tendría sólo este

monasterio, hasta que Teresa vuelve a llorar al saber que las necesidades de misiones en América son importantes. Escucha entonces en oración: “...*Espera un poco hija, y verás grandes cosas.*”, y poco después le llegan instrucciones y autorización para fundar más conventos.

Comienza aquí una intensa actividad de Santa Teresa que sólo termina con su muerte, en la que compaginará el gobierno de su orden, con las fundaciones de nuevos conventos y la redacción de sus libros, sin perder nunca el buen ánimo ni la esperanza, en la confianza de que no era su voluntad lo que estaba cumpliendo y que le llegarían los apoyos que necesitara, como así fue en todo momento.

Rasgos personales caracterizan a Teresa de Jesús en esas encrucijadas existenciales.

1. El sustrato temperamental y caracteriológico de Teresa de Jesús.

El sustrato de la personalidad de Teresa es un temperamento apasionado, con una sensibilidad a flor de piel. Como ella misma recuerda se sintió muy querida desde niña, porque ha vivido en un ambiente familiar, padres y hermanos, que le han dado mucho cariño; en esos primeros años se fue tejiendo en ella esa “urdimbre afectiva” a la que se refiere Rof Carballo, con la que una criatura humana, que no solo es alimentada sino también estimulada, besada, acariciada y abrazada, aprende a mirar la vida y sus relaciones con positividad y seguridad.

Quienes han estudiado sus antecedentes familiares dicen que “junto a su apellido, Sánchez de Cepeda, Teresa hereda el dinamismo inquieto, la intuitiva sagacidad y la esplendidez hidalga y generosa del abuelo” (J. MARTÍ BALLESTER, o.c.).

Teresa es una niña emotiva, entusiasta, educada en un ambiente religioso al que responde con fervor y entusiasmo. Se reúne con su hermano Rodrigo para leer vidas de santos y repetir muchas veces que gloria y pena son «para siempre, siempre, siempre!».

Agraciada por su físico y su carácter (“*mi madre era de harta hermosura*”), es una adolescente vanidosilla, coqueta, agradable y conversadora, amable en sus contactos y relaciones, y “*Con ser yo de mi condición tan agradecida*”, dice de sí misma, (*Vida XXV*, 11), esta actitud de agradecimiento va a ser un eje rector de su personalidad.

Teresa todo lo que posee o alcanza lo considera como una “merced” recibida, y es agradecida porque es humilde.

2. Rasgos intelectuales de la personalidad de santa Teresa de Jesús.

Teresa tiene una inteligencia muy cultivada desde la infancia por sus lecturas; al principio lee como su madre todo lo que le viene a mano, pero también por los libros religiosos que le va proporcionando su tío; y cultivada también por sus relaciones y sus consultas a personas cualificadas, muy “letradas”, que es palabra que ella emplea con mucha frecuencia.

Posee una inteligencia preclara con una gran capacidad de discernimiento; diferencia e identifica los procesos con extraordinaria precisión en sus diferentes fases, etapas y ritmos; basta leer el Camino de la Perfección, las Moradas y los Grados de Oración para darse cuenta de ello; dotada para descubrir lo que para otros está todavía ignoto o encubierto que es, por cierto, la gran señal en psicología para determinar la inteligencia, el criterio en el que están basados todos los tests de inteligencia para estudiar el desarrollo intelectual y observar cómo se avanza desde una mentalidad infantil a una mentalidad adulta cada vez más madura.

Es intuitiva, espontánea, a la vez que reflexiva, circunspecta y autocrítica; por ello, acierta a descubrir y valorar las cualidades de las personas con las que se relaciona. La búsqueda de discernimiento es en ella una constante y hace todo lo posible por llevarlo a cabo sin desmayo y de aquí su interés por oír y consultar el parecer de personas letradas a las que llama maestros, quienes, a su vez, es a ella a quien le piden que escriba sus experiencias por la alta consideración que tienen de Teresa.

Habría que darle la enhorabuena a aquellos que solicitaron que nos legara por escrito estas experiencias y ser así objeto de nuestro estudio y reflexión. La calidad de los escritos ha conseguido que la rica personalidad de santa Teresa haya sido para los siglos posteriores un referente, mereciendo que a la postre haya sido reconocida y declarada como Doctora de la Iglesia.

Pero sin dejar de ser profundamente especulativa, de elevada lógica intelectual en la que se constata la coherencia de pensamiento y lenguaje, Teresa posee una inteligencia práctica y ordenada en sus escritos y en sus gestiones.

En sus escritos, fiel a la verdad de los hechos, expone con claridad y llaneza sus pensamientos; se trata de una persona muy

inteligente que narra con sencillez y humildad (ya que lo escribe porque se lo piden) las experiencias elevadísimas que íntimamente tiene, que pertenecen a un ciclo evolutivo superior, como veremos más adelante. Las Moradas, por ejemplo, es un tratado precioso, muy bien ordenado e hilvanado, sobre la oración y el proceso de metas espirituales que se alcanzan a través de ella. Describe sus procesos y progresos espirituales –las “mercedes” que recibe de su Majestad- con mucha simplicidad; narra lo que siente para que sea el lector (al que dirige sus escritos) el que opine sobre lo que escribe (10, 7); empleando con frecuencia comparaciones muy sencillas que puedan entender todos, como la huerta, sus riegos y sus frutos (11.7); recordémosla, por ejemplo, hablar de los cuatro modos de orar, partiendo de los cuatro modos de regar la huerta: primer grado, el pozo (11, 12 y 13); segundo grado, la noria (14 y 15); tercer grado, el río, el arroyo (16 y 17); cuarto grado, la lluvia (18, 19, 20 y 21).

Escribe sus experiencias con tal autenticidad que, al considerarlas tan reales y ciertas, se atreve a corregir, en lo que difieren, los libros de personas que ella considera espirituales y letrados; y se revela como auténtica maestra, utilizando frecuentes comparaciones analógicas que revelan una alta facultad de abstracción.

En sus escritos de las fundaciones Teresa se muestra muy didáctica en los consejos a sus religiosas poniendo ejemplos de vidas de otras religiosas de su orden.

En sus gestiones es tan constante, persuasiva y tenaz que a provinciales y prelados sorprende su capacidad de gobierno y dirección. Teresa sabe aprovechar y transformar con mucho sacrificio, trabajo y esfuerzo personal las casas abandonadas y medio derruidas que le entregaban para sus fundaciones.

3. Rasgos socio-afectivos de la personalidad de santa Teresa de Jesús

Teresa es una de esas personas que decimos que van con el corazón en la mano y que, por tanto, fácilmente gozan, sufren, se alegran, se entristecen y se conmueven; busca con prontitud el consuelo y el consejo y ella misma aprende a consolar y aconsejar; muy leal a las personas que la quieren y confidente fiel y segura para aquellas que a ella se confían. Teresa es muy sincera cuando busca asesoramiento, ordinariamente el de sus confesores, a los cuales obedece, pero no se cierra solo en uno sino que se pone en contacto con quienes están considerados como personas espirituales.

Tiene una gran sensibilidad que le hace ser muy intuitiva y conectar fácilmente con aquellas personas con las que se relaciona, mostrándose entregada a ellas, servicial, muy comunicativa, persuasiva, receptiva, animosa. Mantenía siempre el ánimo aún en medio de muchas dificultades y penalidades y se lo mantenía a las demás religiosas.

Es digno de resaltar el rasgo amable de la sociabilidad de Teresa, su facilidad para conectar con las personas que trata, y la estima y consideración que tiene de ellas, como demuestra su amplio epistolario, la veneración que muestra por sus familiares (padres, hermanos, tío), por sus amigas, por las religiosas de sus conventos, por sus confesores y consejeros.

Muy comprensiva con las debilidades y pecados de los otros: *“A mí hízome gran lástima; y ver que se ofendía Dios de tal manera, me dio mucha pena. Prometíle de suplicar mucho a Dios le remediase y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribía a cierta persona que él me dijo podía dar las cartas.”* Teresa tiene poder de convicción y de persuasión con muchas de las personas que trata; ella lo atribuye a que el Señor la motivaba y preparaba el corazón de las personas a las que ella se dirigía.

En las adversidades, Teresa es una persona sufrida, paciente, segura y coherente para resistir, por ejemplo, ante el alboroto de la ciudad cuando se funda san José en Ávila.

Toda la densidad de sus emociones y afectos los lleva a la oración; para ella “orar es amar”; tenía una cierta alergia a la oración oral si queda en mero movimiento de labios y no se lleva al corazón; había que alcanzar la fase de oración llamada de “quietud”, inspirada en amar y dejarse amar por el Señor. La importancia que Teresa da a la oración es la clave de su vida; gracias a la oración se mantiene la savia de sus raíces religiosas; para ella la pérdida de la oración conduce a la mundanización (capítulos 10 y restantes) Y es que el amor crece con el trato frecuente de la persona amada. Todo amante que se despegas de su ser amado termina en indiferencia frente a él. Este es un principio psicológico muy importante, y clave de muchos desórdenes emocionales.

4. Rasgos motivacionales de la personalidad de santa Teresa de Jesús

Desde niña, Teresa ha sido decidida, enérgica, segura, resuelta, con determinación frente a resistencias y obstáculos.

En su ámbito de motivaciones definitivas, Teresa está abducida por el amor a su Señor, del que acabamos de hablar, y está imantada por su deseo de gozar de la vida eterna “muero porque no muero”; y esto explica la orientación de toda su vida y su obra. Y estas son motivaciones muy profundas, muy arraigadas, muy consolidadas en Teresa.

Teresa de Jesús se toma muy en serio las parábolas de las que habla Mateo en 13, 44-46: El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra.

Teresa arriesga todas sus cualidades personales para conseguir lo que ella entiende que era su tesoro y su perla preciosa, su “joya” como ella le llama. Más aún, Teresa comprueba (*Vida*10,5) que al descubrir la primera joya, Su Majestad le da nuevas joyas.

Es una monja contemplativa enormemente activa, porque se siente impelida por Quien es su Señor, que se lo pide. Teresa es trabajadora, hilandera, “*que a su pesar escribe porque deja de hilar estando en casa pobre*” (*Ibíd.*10,7).

Su motivación inmediata, más directa es la obediencia, que es la virtud para ella más excelente; todos sus escritos son trabajos de obediencia. Su obediencia al Provincial y su visión providencialista ante los éxitos, fracasos y dificultades en las fundaciones (*Ibíd.*33), la obligan a mantener una voluntad decidida y leal para alcanzar los propósitos que se ha propuesto, a revisarse y ser fiel a sus principios. Tesonera en mantener sus propósitos de fundaciones, soslayando todos los impedimentos, oposiciones y murmuraciones que le venían, por su decisión de observar la pobreza y mantener la austeridad en las casas que funda (*Fundaciones* 1, 2).

Reflexiones personales. La proyección de la personalidad al momento presente.

Teresa tiene conciencia de que deja un legado escrito, cuenta todo al detalle, con absoluta transparencia, sometándolo todo al juicio de sus confesores y consejeros para que mantengan, borren o corrijan lo que a sus “mercedes” parezca.

Reflexiones orientadas a los psicólogos en general

La Psicología académica no ha considerado suficientemente la dimensión religiosa en la psicología de la personalidad del ser humano; pero somos muchos los psicólogos de a pie, abiertos a la trascendencia como una tercera corriente de opinión en la psicología evolutiva, que la tienen en cuenta en el ámbito de las motivaciones humanas, que además configuran una forma real, concreta y personal de concebir e interpretar el mundo que afecta a los ámbitos humanos del conocimiento y de la emotividad.

Igualmente opinamos que está por hacer el estudio de cómo las diferentes confesiones religiosas influyen en hábitos, actitudes y comportamientos concretos del ser humano; es decir, un estudio de la psicología de las diferentes religiones, que no está conseguido por un mero estudio de la historia de las religiones.

Reflexiones orientadas a los psicólogos evolutivos

La psicología del desarrollo que sí está abierta a ciclos evolutivos superiores o más avanzados a los que el ser humano colectivamente puede llegar y alcanzar, le interesa las manifestaciones individualizadas de algunos que ya los han alcanzado y le sirve de pauta para atisbar hasta dónde el conocimiento, la emotividad y las motivaciones pueden llegar in crescendo por cambios sucesivos ahora en ciernes. Los psicólogos evolutivos de ahora tenemos que agradecer el acierto de los consejeros que le pidieron a Santa Teresa que narrara estos hechos, en lugar de los consejeros que intentaron reprimirlos y silenciarlos por no entenderlos.

Un psicólogo evolutivo aprecia mucho los últimos capítulos del libro autobiográfico de Teresa porque le anticipa cómo va a ser la evolución del ser humano que llegue a gustar la gracia del cielo por las metas posteriores a esta vida que va alcanzando (*Ibíd.* 37 al 40) Le recuerda las palabras de san Pablo: (1 Cor 2,9) Sino que, como está escrito: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman.*¹² *Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios. Pues, ¿quién conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre, que está dentro de él? Del mismo modo, lo íntimo de Dios lo conoce solo el Espíritu de Dios.*¹² *Pero nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo; es el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos los dones que de Dios recibimos.*¹³ *Cuando explicamos verdades espirituales a hombres de*

espíritu, no las exponemos en el lenguaje que enseña el saber humano, sino en el que enseña el Espíritu. Pues el hombre natural no capta lo que es propio del Espíritu de Dios, le parece una necedad; no es capaz de percibirlo, porque solo se puede juzgar con el criterio del Espíritu. En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo, mientras que él no está sujeto al juicio de nadie. «¿Quién ha conocido la mente del Señor para poder instruirlo?». Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo (1 Cor 2, 9-16).

Santa Teresa ratifica en el cap. 10.5 lo que yo tengo escrito como principio psicológico “se conoce mejor lo que más se ama, y se ama más lo que mejor se conoce”. Teresa pone el acento en que es Dios el que se da a conocer y que “*jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios*” (*Moradas, 1,29*).

Dios nos obliga a mirar al ser humano, hombre/mujer, para conocerlo a Él, y el ser humano nos obliga a mirar a Dios para tener una comprensión completa de sí mismo. Por eso yo he dicho en alguna ocasión que mis estudios de teología me llevaron a estudiar Psicología para conocer al ser humano, sin mediaciones teológicas, pero los estudios de Psicología Evolutiva me han devuelto a la Teología para comprender al ser humano en su total dignidad y evolución en lo trascendente.

Reflexiones orientadas a todos en cuantos creyentes

La personalidad no es la clave de la santidad; la clave de la santidad es la Gracia, la unión con Dios, el amor a Dios, poner las dotes personales al servicio de Dios. Teresa vivió en un contexto de generación de santos y buenos teólogos en época de corrupción de muchos eclesiásticos y “reformadores” desertores. Y lo común en unos y otros no era la personalidad sino la orientación que le dieron a sus cualidades personales.

Sorprende que actualmente espiritualistas católicos se hayan dedicado a promover el método yoga, zen, mindfulness, entre otros meramente psicológicos, inspirados en buscar el equilibrio interior y hayan abandonado la práctica de oración de la Iglesia. Las ramas de nuestra espiritualidad cristiana se están secando al cortarles la savia que les venía de sus raíces, como son: la lectura de la Sagrada Escritura como la ha leído la Iglesia a través de todos los siglos hasta nosotros; la oración diaria ante el Santísimo; la devoción a la Virgen; la oración personal y comunitaria, sobre todo la celebración litúrgica de la Eucaristía en sus textos indicados por la Iglesia; la lectura de la vida de los santos y de todos los que han sido testigos

cualificados de la fe; la lectura de los santos padres y los escritos de los declarados doctores de la Iglesia. Las ramas se secan si en algún tramo del recorrido se corta la conexión de aquéllas con la savia de estas raíces; las abandonamos para unirnos a otras prácticas y a otros grupos que las desconocen y perdemos interés y fuerza para convocarlos a la plegaria secular de la Iglesia.

Tenemos una percepción mutilada de la realidad, cuando la consideramos parcialmente y no en su totalidad; si solamente nos percibimos en nuestra potencialidad corporal ignorando o prescindiendo de nuestra potencialidad espiritual la percepción que tenemos del ser humano está mutilada y no es completa. El potencial corporal va “in crescendo” a partir de la concepción y decreciendo en la medida que la maquinaria corporal envejece, se avería o tiene un accidente; no ocurre así con la potencialidad espiritual que va siempre in crescendo; al principio mediatizada por su corporalidad que facilita o dificulta la expansión del psiquismo hasta que superada la mediación corporal el psiquismo se expande evolutivamente sin mediaciones a impulsos de la potencialidad espiritual. Pongamos un ejemplo: un buen piloto de competición corre velozmente y gana la carrera con una escudería buena y va a tropezones y pierde con una escudería mala; él es bueno pero está mediatizado por la escudería que lo contrata y las averías o accidentes que la máquina tenga. Cuando finalice nuestra mediación corporal que tan buenas carreras nos ha hecho ganar o tantas averías nos haya hecho padecer, iniciada la fase del psiquismo libre, correremos evolutivamente a impulsos de nuestro potencial espiritual.

En esa fase no tendremos alzheimer, ni habrá parálisis cerebrales, ni habrá síndromes de Down, ni habrá psicóticos ni neuróticos ni bipolares; todo eso se queda aquí en la primera fase. Por ello, como psicólogo evolutivo yo defiendo la vida de todo concebido aún en los casos de malformaciones congénitas; no cabe duda que éstas son un sufrimiento en la primera fase; pero se les ha dado la posibilidad evolutiva de vivir sin malformación alguna en la segunda fase. Al ser concebidos ya han conquistado la Vida. Para los abortados, se cumpliría también una vez más lo del Libro de la Sabiduría: “Los insensatos pensaban que habían muerto..., pero ellos están en la paz” (Sabiduría 3, 2-3).

FRANCISCO MIRAS MARTÍNEZ
Catedrático de Psicología

Páginas para la Oración



“He visto claro que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida; porque es así, cierto, que una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de Sí después acá, me parece quedan pagadas todas las congojas que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé” (*Vida* 11, 11).

“Así es bien ni siempre dejar la oración cuando hay gran distraimiento y turbación en el entendimiento, ni siempre atormentar el alma a lo que no puede. Otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de lección, aunque a veces aun no estará para esto. Sirva entonces al cuerpo por amor de Dios, porque otras veces muchas sirva él al alma, y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones que lo sean, o irse al campo, como aconsejare el confesor... Y en todo se sirve Dios. Suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad para su mayor aprovechamiento” (*Ibíd.* 16).

“Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma, en este camino, tan gigante que no haya menester muchas veces tornar a ser niño y a mamar (...); porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio, y en esto de los pecados y conocimiento propio, es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de oración, y sin este pan no se podrían sustentar; mas hase de comer con tasa, que después que un alma se ve ya rendida y entiende claro no tiene cosa buena de sí y se ve avergonzada delante de tan gran Rey y ve lo poco que le paga lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí?, sino irnos a otras cosas que el Señor pone delante y no es razón las

dejemos, que Su Majestad sabe mejor que nosotros de lo que nos conviene comer” (*Ibíd.* 13, 15).

CUANDO SÓLO DIOS BASTA

I. *Presentación del texto*

Si famoso y popular llegó a ser el “que muero porque no muero” de Santa Teresa de Jesús, no cabe duda que no le va a la zaga, en lo que a universalidad se refiere, su letrilla *Solo Dios basta*, cuya autenticidad teresiana está fuera de toda duda. Dice así:

*Nada te turbe, / nada te espante, / todo se pasa,
Dios no se muda. / La paciencia / todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene / nada le falta. / Sólo Dios basta*

II. *Hacia una valoración literaria y espiritual del texto*

Realismo y fe son las dos constantes de toda la vida y obra de Teresa de Jesús. Esta letrilla nueve versos de cinco sílabas: poca materia para tanta vida, ha sido repetidamente objeto de glosas y comentarios indicando así su vigoroso contenido que tanto poder de atracción y de consuelo ha ejercido sobre numerosos espíritus avisados del cristianismo. La propia Teresa de Jesús tuvo singular estima por esta letrilla, “pues sabemos que la santa tenía y conservaba una copia de su mano que llevaba de registro en el breviario de su uso para recitarla con frecuencia, pues en el fondo es una oración, en forma de avisos o de sentencias para pedir a Dios paciencia, resignación y conformidad con su voluntad” (A. CUSTODIO VEGA, *La poesía de santa Teresa* (Madrid, 1972) 108.

Veamos por separado, para una mejor comprensión, los dos aspectos antes indicados, es decir, el de realismo humano y el de experiencia de fe.

Nada te turbe, / nada te espante, / todo se pasa... La paciencia / todo lo alcanza: “¿No son, cada una de estas brevísimas frases, como agudos latiguillos de clarividente percepción de la realidad humana? Basta una mirada serena a la realidad ambiental e histórica para caer en la cuenta de que es así como nos dice la santa: todo lo temporal es pasajero. No hay bien ni mal eternos en estas coordenadas espacio temporal en que nos movemos. Por ello mismo, la paciencia es la más alta sabiduría y fortaleza de que nos movemos. Por ello mismo, la paciencia es la más alta sabiduría y fortaleza de

que puede disfrutar el hombre en este mundo.

Lo que nos dice, pues, en estos cinco versos, tiene sentido y valor por sí mismo, aún prescindiendo de toda experiencia de fe. Pero este no es el caso de nuestra santa. Ella le sumó los dos valores en una sola y única experiencia vital. Por eso acierta a decir también: "...Dios no se muda. /...Quien a Dios tiene / nada le falta. /Sólo Dios basta". Entretejida con la experiencia limita, como formando un solo cuerpo de vida, nos descubre la santa su experiencia de Dios. Experiencia esta última que no limita en nada la calidad de su existencia terrena, sino que la abre a nuevas perspectivas y dimensiones que, sin negar nada de lo más verdaderamente humano, lo arraiga y fecundiza con valores de paz y de alegría, de paciencia ante las adversidades y de combatividad ante el mal, todo ello como brotado y sostenido al calor de Dios. Dios que no se muda, es decir, que permanece siempre fiel a su amor al hombre. Todo el poemilla está magistralmente dirigido a concluir en el "sólo Dios basta", que desde el final ilumina en sentido ascendente los ocho versillos precedentes.

Fidelidad a sí misma y a su tarea en el mundo, paz y paciencia en las limitaciones del hombre. Y todo ello abierto al Amor, es decir, a la fidelidad de Dios, fuente de la única eficacia que no agota ni aniquila al hombre. Continúa diciendo el P. A. Custodio de la Vega: "La santa tuvo sobre sí muchas tormentas, persecuciones y trabajos que parecían agotarla y dar con ella en tierra, o al menos abatirla y llenarla de desconfianza, o, en todo caso, hacerla dudar y vacilar. Aunque la gran reformadora se sabía todo cuanto dice la letrilla; pero cuando la recitaba se hallaba confortada y con nuevo ánimos y como serenada y llena de confianza en Dios" (o.c., 108).

III. *Contenidos fundamentales del "solo Dios basta"*

Pero, es justo que nos preguntemos, ¿qué interés puede tener para nosotros, cuatro siglos después, lo que la santa abulense vivió y nos transmitió con tan sencilla composición oracional y poética?, ¿Qué contenidos fundamentales de valor permanente se encierran en esa feliz fórmula "sólo Dios basta"? Sintetizaré mi respuesta –cada lector puede– dar la suya en unos breves apartados.

1. Sólo Dios satisface plenamente las más íntimas aspiraciones

Sólo Dios basta significa, de modo primerísimo, que la

amistad con Dios causa en la vida del creyente un descanso tal, que, todas las cosas creadas, con sus atractivos y poderes de seducción, son nada en comparación con la satisfacción que nos deja en lo más sincero de nuestra conciencia la intimidad con Dios vivida en Jesucristo.

2. Sólo Dios hace eficaz nuestra tarea en el mundo

Sólo Dios basta equivale aquí a decir que todas las técnicas, poderes y organizaciones de este mundo, son ineficaces y hasta contraproducentes, cuando el hombre no pone el actuar toda su confianza en Dios. Los medios pobres para la acción –máxime para la acción evangelizadora– son los únicos que nos garantizan la presencia activa de Dios en nuestras metas. Dios obra maravillas a través de la pobreza alegre y gustosa de sus hijos.

3. Sólo Dios nos libera de nosotros mismos

Sólo Dios basta quiere decirnos también, que, podemos desterrar toda clase de miedo, cobardía, ansiedades, preocupaciones de nuestra vida, tanto en lo que se refiere a nuestra salud corporal y necesidades temporales, cuanto en lo que respecta a nuestra perfección evangélica y salvación eterna, porque Dios nuestro Padre cuida de sus hijos con más sabiduría y ternura en cuanto podemos hacerlo nosotros mismos. Basta confiar en Dios para verte de inmediato libre de toda turbación y ansiedad. El temor y las preocupaciones “que mata” son signos evidentes de estar lejos de Dios como Padre.

4. Sólo Dios nos consuela en los momentos difíciles

Sólo Dios basta es equivalente, en los momentos de enfermedad, pérdida o separación de seres queridos, fracasos personales, soledad, incompreensión..., a decir: Sólo Dios puede hacer lo que hace que todo, absolutamente todo, hasta lo que nos parece en el momento de sufrirlo más absurdo e insoportable, sea para nuestro bien. Sigue confiando en Dios: existe un final, un “fondo”, que no es de destrucción sino de renovación, de plenitud.

5. Sólo Dios es eterno

Sólo Dios basta es también una formula teológica que hace referencia a la transcendencia en Dios. Quiere persuadirnos de que no busquemos nuestra eternidad, nuestro sentido último, en las

cosas que pasan y desaparecen. Debemos buscarla allí donde toda Verdad y Amor permanecen y se nos dan para siempre. Por eso, “quien a Dios tiene, nada le falta” aun viviendo en este mundo de transiciones continuas.

6. Sólo Dios merece nuestra rendida adoración

Sólo Dios basta, es para mí, en mi experiencia más acrisolada, la invitación constante a una oración de abandono y de simplicidad en las manos de Dios. Es como si me dijera: Dios está en todo; búscalo sin detenerte en lo que no es Dios. Dios lo llena todo; entra en todas las realidades, humanas y naturales, con el sagrado respeto de quien entra en el misterio de Dios-Amor. Dios es el único premio imperecedero; desecha toda ambición en premios perecederos Dios no los da todo; agradecerle el bien que alcanzas a ver y el que todavía te permanece invisible.

LUCIANO ALBA

SANTA TERESA DE JESÚS, MAESTRA DE ORACIÓN

«Decíame poco ha un gran letrado que son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos no los puede mandar; que así son, que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores que no hay remedio ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi está hecha como ellas” (*Moradas* I, 1,6).

«Porque, a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración, no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser con consideración; porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es quien pide ya quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios; porque aunque algunas veces sí será, aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras. Mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plega a Dios que ningún cristiano la tenga de esta suerte” (*Ibíd.* 1, 7).

“Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os

olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios; y –como diré después– estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual: quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor y más adelante está en este camino. No penséis que hay aquí más algarabías ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien” (*Moradas* II,1,8).

«Para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantará mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar, en cuanto pudiéremos, no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica. Estas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divertís un poco va todo perdido” (*Moradas* IV,1, 7).

«Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho a una persona te alegres más mucho que si te loasen a ti. Esto, a la verdad, fácil es, que si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubirla” (*Moradas* V, 3, 11).

“Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios –como ya os he dicho–, porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas haciendo actos con nuestro Señor, proponiendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí, que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés... Quise decir que

es poco en comparación de lo mucho más que es que conformen las obras con los actos y palabras, y que fa que no pudiere por junto, sea poco a poco; vaya doblando su voluntad, si quiere que le aproveche la oración: que dentro de estos rincones no faltarán hartas ocasiones en que lo podáis hacen” (*Moradas* VII, 4, 7).

“Todo este edificio –como he dicho– es su cimiento humildad; y si no hay esta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hicieréis en este caso, hacéis más por vos que por ellas”



LOA A LA DOCTORA

Doctora de las cosas que el hombre llano ignora de los que se halla al margen del día y de de la hora.

Doctora en la palabra cotidiana y sencilla que lleva un bosque entero guardado en la semilla.

Doctora de humildad, en paciencia serena, en gesto decidido y en obediencia buena.

Doctora en lo que el mundo no acata ni comprende. En lo que nadie enseña ni en los libros se aprende.

Doctora en oración y en acción decidida, en las dos ramas fuertes del árbol de la vida.

Doctora en ir adentro, por los meandros ocultos, domeñando demonios y apagando tumultos.

Doctora en la sagrada tortura del carisma, en ser del todo ajena por ser fiel a sí misma.

Doctora en el esfuerzo de arrebatar al cielo, y en la gracia del aire, y en la fluidez del vuelo.

Doctora no de ciencia, sí de sabiduría. No de lámpara humana, sino de luz del día.

Doctora, sí, va dicho de la perfecta luz. Mujer, Santa, Doctora Teresa de Jesús.

HUGO LINDO

SABIDURÍA DE SANTA TERESA

Ofrecemos una selección de los avisos de la Madre Teresa de Jesús, dirigidos a sus religiosas, que habrán de resultar útiles y de sabrosa lectura a quienes nos acerquemos a ellos con espíritu de humildad y deseo de crecimiento personal.

- La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil; así el entendimiento del hombre (*Avisos* 1).
- Entre muchos, siempre hablar poco (*Ibíd.* 3).
- Nunca reprendas a nadie sin discreción y humildad, y confusión propia de sí misma (*Ibíd.*16).
- Cuando alguno hablare cosas espirituales, óigalas con humildad y como discípulo, y tome para sí lo bueno que dijere (*Ibíd.*17).
- Cuando estuvieras alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable y edificativa (*Ibíd.* 24).
- En todas las cosas creadas mire la Providencia de Dios y Sabiduría, y en todas le alabe (*Ibíd.* 35).
- Nunca muestres devoción de fuera que no haya dentro, pero bien podrá encubrir la devoción (*Ibíd.* 37).
- Jamás hagas cosas que no puedas hacer delante de todos (*Ibíd.*43).
- No hagas comparación de uno a otro, porque es cosa odiosa (*Ibíd.* 44).
- Cuando algo te reprendieren, recíbelo con humildad interior y exterior, y ruega a Dios por quien te reprendió (*Ibíd.* 45).
- Con todos sea mansa, y consigo rigurosa (*Ibíd.* 55).
- Mirar bien cuán presto se mudan las personas y cuan poco hay que fiar de ellas, y así asirse bien de Dios que no se muda (*Ibíd.* 62).
- En tiempo de tristeza y turbación, no dejes las buenas obras que solías hacer de oración y penitencia, porque el demonio procura inquietarte porque las dejes, antes tenga más que solías, y veras, cuán presto el Señor te favorece (*Ibíd.* 66).
- Acuérdate que no tienes más de un alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve y única que es particular, ni hay más de una gloria, y ésta eterna, y darás de mano a muchas cosas (*Ibíd.* 68).

EL SILENCIO INTERIOR EN TERESA DE ÁVILA Y CARLOS DE FOUCAULD

La figura de Teresa de Ávila se nos presenta enormemente cercana a Carlos de Foucauld y es una de las personalidades espirituales que más influyeran en él. Baste recordar que después de su conversión y antes de entrar en la Trapa, ya había leído gran parte de sus obras, leyéndola siempre sin cesar e incluso aconseja a otros: “Leer y releer mucho, continuamente a santa Teresa”. Un año antes de morir, en 1915 escribe a un amigo: “Después de leerla, la releerás. Santa Teresa es uno de esos autores que se hace pan de cada día”. Y pocos meses antes de su muerte, escribe: “Jamás se leerá bastante a santa Teresa”.

Carlos de Jesús encuentra en Teresa de Jesús, una misma sed por el Absoluto de Dios y del vivir son para El. El estribillo teresiano “solo Dios basta”, llena el hambre de Dios que tiene Carlos y como ella, se siente explorador “al interior de Dios”. El P. Foucauld encontró en Teresa una “doctrina de seguridad perfecta”, porque para él Teresa es una mujer de experiencia de Dios y de ahí que Carlos se sienta ante esa doctrina teresiana hecha de contemplación y praxis, cercano a una mujer para la que una ascensión abandonada en Dios, es su verdadero itinerario espiritual. Por eso conoce que su doctrina es firme, porque procede de la experiencia del abandono.

Carlos quedó fascinado por la oración constante de Teresa y descubre en aquella mujer, lo que significa gustar la ternura de Dios, hallado en el silencio y en la soledad. Pero también los escritos de Teresa le proporcionan un gran descubrimiento: *Las Fundaciones*, le favorecen sus planes de comenzar una vida, en el momento de dejar la Trapa. Y la narración teresiana del estilo de vida de los ermitaños sevillanos de Tardón, invita a Carlos a buscar la sencillez, la penitencia, la contemplación, la pobreza y el silencio. ¡Todo un programa de vida!

Pero Carlos descubre sobre todo en Teresa un clima; ese silencio interior, que enmarcará su vivir y del que brotará su misma vivencia mística. Desde esa perspectiva, podemos adentrarnos en el espacio silencio de Teresa.

Dios y el silencio interior teresiano

Para la santa de Ávila, silencio interior y presencia de Dios, forman un círculo complementario. Desde joven Teresa concibió a Dios como un Absoluto lejano, al que solamente se podía acceder desde la muerte. Cuando supera esa concepción de la lejanía de Dios y es llamada a una intimidad familiar con Él, permanece silenciosa, penetrada por el sentimiento de su transcendencia. Teresa es hija del Carmelo, que está marcado por el Absoluto de Dios. De ahí que el deseo adolescente de Teresa: “Quiero ver a Dios”, encajará plenamente en el ideal del Carmelo e incluso se radicalizará. Vivirá siempre ante Dios a quien llamará “Su Majestad”.

Teresa vivió en la proximidad de su presencia y Dios se le manifiesta como Alguien cercano, que en Teresa se traduce así: “Se tiene el sentimiento de encontrar a Alguien a quien hablar”. Nos dirá también, como san Agustín en sus Confesiones, que se encuentra sumergida en Él, como la esponja en el mar.

Por otra parte Teresa vive en silencio delante de ese conocimiento progresivo de Dios, que la lleva a conocerse mejor a sí misma. Silenciosamente descubrirá “las capacidades naturales del alma” y caerá en la cuenta maravilladamente, de que lleva en ella misma “un verdadero mundo interior”, y añade: “comparable a un palacio de una inmensa riqueza”. Y nos irá haciendo a través de Las Moradas, como si fuera un espeleólogo, la exploración de una gruta oscura en la que se encuentran ocultos tesoros: así discernirá la diferencia existente entre el alma y el espíritu; el alma y sus facultades, entre la voluntad y sus actos, entre las potencias y la imaginación, entre la imaginación y el entendimiento, entre el alma y el pensamiento. Teresa, simultáneamente al crecimiento de su intimidad con Dios, toma conciencia de la interioridad espiritual de su alma, que Dios parece dilatar “desmesuradamente” para hacerla capaz de recibirle.

Su exploración le llevará –silenciosamente– a la fuente misma de su ser y de la vida en el Espíritu, a su centro, en el lugar más profundo de sí misma, en donde Dios la habita, dándole ser a su ser, iluminándola –también silenciosamente– a fin de que en lo hondo de su propio ser, saboree a Dios. Teresa es, como buena carmelita muy teocéntrica. En ella el bipolarismo teocentrismo-cristocentrismo, guarda el sereno equilibrio que la armonía de su búsqueda interior le permite vivir, porque con Cristo comparte su

experiencia del Padre. Por ello mismo, la Humanidad de Jesús, fue siempre su punto de partida para buscar al Padre. Y precisamente esa búsqueda desde el hombre Jesús de Nazaret le llevará a participar del silencio de Jesús, de las posturas despojadas del Nazareno, que conoció como su silencio en la cruz, correspondía al silencio mismo del Padre.

El proceso del silencio espiritual en santa Teresa

Para Teresa, “Dios no se da enteramente a nosotros, hasta que nosotros nos damos enteramente a Él”. Pero darse supone un programa de silencio interior. Teresa lo presenta así: en el Libro de *Las Moradas*, desde una primera etapa que comprende las tres primeras moradas, Dios interviene solamente con una ayuda general al alma en camino silencioso hacia Él; la iniciativa de avanzar la tiene la propia alma —es decir “el hombre interior”— que dirige su propia actividad. En esa etapa el orante, debe recogerse en un silencio interior utilizando las leyes psicológicas que regulan la actividad de las facultades humanas: control efectivo sobre la imaginación y el entendimiento, sobre todo. Es un recogimiento activo, dirá Teresa en el capítulo III del *Camino de Perfección*.

En la segunda etapa, desde la cuarta morada, se impone un nuevo estilo de silencio interior: antes se ha forjado un silencio exterior que ha ido preparando al interior: silencio de la lengua superando conversaciones inútiles o la frivolidad del hablar sin sentido, se ha ido, de muchas maneras, procurando ese silencio que favorece el verdadero silencio de “las potencias interiores del alma”, dice Teresa. De ese modo, se llenarán de silencio las profundidades del ser mismo, lo más hondo de uno mismo.

Pero, ¿a qué llama Teresa “profundidades del ser”? a la voluntad, a la inteligencia, a la memoria y a la imaginación. Esos niveles desde los que el hombre “es quien debe ser”, tienen que impregnarse de silencio interior. Entonces, aquietadas las facultades del hombre en la escucha atenta de Dios, el ruido disminuye y el alma, entra en una situación de respeto a la acción de Dios en ella, puede abrirse a Él, abandonarse, perderse completamente en El — “Padre mío, me abandono a ti, haz de mi lo quieras... Pongo mi alma en tus manos, te la doy, Dios mío...”, dirá Carlos de Foucauld— porque el silencio interior se hace confianza total. Ciertamente que la experiencia teresiana y su doctrina, se reflejan en toda la teología del abandono del P. Foucauld.

Pero ese abandono silencioso que preconiza Teresa, está siempre regido por las actitudes teologales de fe, esperanza y caridad que fortifican el proceso del silencio interior porque serenamente mantienen al “hombre interior” de cada creyente que ha iniciado ese itinerario del silencio interior, ante la presencia de Dios en el alma. Gracias al descubrimiento en la fe de esa presencia, el alma puede abandonarse ante Dios, que actúa silenciosamente en ella. Cuando eso ocurre, el silencio eterno de la Trinidad es una realidad en el hombre interior, en el alma, que es “invadida enteramente”, como una esponja penetrada por el agua y así me parece mi alma, embebida por la divinidad. De una cierta manera se goza en ella misma de las “Tres Divinas Personas, que ella contiene”, nos afirmará Teresa recordando los favores que de Dios ha recibido. Este es el término del silencio interior.

Podemos acabar recordando la Carta del P. Carlos de Foucauld al P. Jerónimo, monje de su antiguo monasterio de Ntra. Sra. de las Nieves (19 mayo 1898) en la que expone la necesidad de ir al desierto y que me parece contiene ecos teresianos de silencio y abandono:

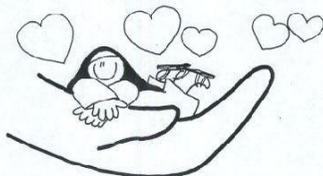
“Es necesario pasar por el desierto y quedarse en él, para recibir la Gracia de Dios: es allí en donde nuestra alma se libera, aleja de ella todo lo que no es Dios y logra vaciar completamente esa pequeña casa que es nuestra alma, para dejar todo el sitio a Dios sólo. Es un tiempo de gracia, es un período en el cual toda alma que quiera dar frutos, debe necesariamente pasar. Necesita ese silencio, ese recogimiento, ese olvido de todo lo creado, en medio de los cuales Dios establece su Reino y forma en nuestra alma es espíritu interior, la vida íntima con Dios en la fe, la esperanza y la caridad. Y más tarde, el alma producirá frutos exactamente en la medida del hombre interior que se habrá formado en ella. Daos enteramente a Él sólo Él se dará enteramente a vos. En ello no temáis ser infiel a las criaturas. Es al contrario, es el único medio de poderlas servir eficientemente. Nuestro Señor, que no tenía necesidad, nos ha querido dar ejemplo. “Dad a Dios lo que es de Dios”.

LORENZO ALCINA,
*El silencio interior en santa
Teresa de Jesús, Iesus Caritas.*
Familias Carlos de Foucauld,
Época V, 27 (1981) 19-22.

LISTA Y ESPABILADA

Qué ardua situación y qué llena de peligros para una mujer del siglo XVI dar que hablar, señalarse, escribir, fundar, mandar a frailes y viajar de un sitio a otro. No hay más que recordar lo que escribía Melchor Cano, Inquisidor Mayor, al censurar el catecismo

SÓLO DIOS BASTA



del obispo Carranza: "Por más que las mujeres reclamen con insaciable apetito comer de la fruta de la Sagrada Escritura, es menester vedarla y poner cuchillo de fuego para que pueblo no llegue a ella". Menos mal que Teresa era una mujer *háyl* (adjetivo con

que la Biblia hebrea califica a las mujeres valiosas, listas, espabiladas y con recursos), y se las arregló para diseñar una imagen de sí misma que la protegiera de los celos y sospechas de los ceñudos y sombríos censores que escudriñaban sus escritos. A congraciarse con ellos y a evitar ser tachada de "alumbrada", soberbia o pretenciosa, parecen ir dirigidas expresiones como éstas: "En todo lo que dijere, suplico a Vuesa Merced que entienda que no es mi intento pensar es acertado"; "Podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas más que los letrados, que por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada, y a cosa tan flaca como somos las mujeres todo nos puede dañar (...) Me ví mujer y ruín e imposible de aprovechar en lo que yo quería". "Pareciéndome a mí ser imposible, por ser yo para tan poco y con tan bajo natural..."; "Así como los pájaros que enseñan a hablar no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto repiten muchas veces, soy yo al pie de la letra..."

Una pregunta con un poco de mala idea: con una estrategia como la de Teresa ¿evitaríamos la desazón de ciertos clérigos ante las cuestiones de género?

DOLORES ALEIXANDRE

El Ciervo, (noviembre-diciembre 2014), 10-11

TEMAS PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones: (vicariopastoral@diocesisalmeria.es) o (maikaps73@gmail.com)

Año 2015 Octubre – Diciembre n. 187

BUSCANDO LIBERTAD. EVANGELIO, PROFECÍA, ESPERANZA
“...poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y vuestra elección” (2 Pe 1,10)

Reflexión y testimonios en el Año de la Vida Consagrada.

Año 2016 Enero – Febrero n. 188

“CARLOS DE FOUCAULD: LA NOVEDAD DEL EVANGELIO”

“Y dejándolo todo, lo siguieron” (Lc 5,11)

Los cuatro números del año 2016 versarán sobre la espiritualidad foucauldiana en este año del centenario de la muerte violenta del beato Carlos de Foucauld.

NOTA DE ADMINISTRACIÓN

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

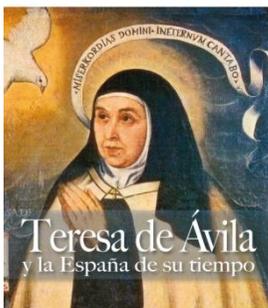
En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en la edición digital que los interesados pueden consultar a unos meses de la edición papel. A éstos también hacemos una llamada a la colaboración económica.

La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma.

UN LIBRO... UN AMIGO

Joseph Pérez

Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2014



AUTOR: Joseph Pérez
TÍTULO: Teresa de Ávila y la España de su tiempo.
EDITORIAL: Algaba. Biografía
FECHA DE EDICIÓN: 2007
LUGAR: Madrid
PÁGINAS: 192
FORMATO: 17 x 24 cm.

En la actualidad el autor es catedrático emérito de Historia Moderna de la Universidad de Burdeos. Se doctoró en su día con una tesis sobre las Comunidades de Castilla y ha dedicado gran parte de su investigación histórica al siglo XVI. *Teresa de Ávila y la España de su tiempo* se presenta en una edición muy cuidada con una introducción seguida de nueve capítulos que finalizan con una breve conclusión a la que se añaden una selecta bibliografía, una cronología muy útil para situar los hechos narrados en su contexto histórico, y un espléndido índice onomástico. Los capítulos I al III tratan de los tres períodos de veinte años en los que se puede ordenar la vida de santa Teresa: “veinte años de juventud mundana” [1515-1535] (cap. I); “veintisiete años de retiro religioso en el convento de la Encarnación” [1535-1562] (cap. II); “veinte años de campaña espiritual” consagrada a la reforma del Carmelo [1562-1582] (cap. III). El resto de capítulos, del IV al IX, tratan de comprender la letra y espíritu de la reforma (cap. IV); acerca de la muerte de la santa (cap. V); sobre los contemporáneos de la santa con especial detención en el lugar de la mujer en la sociedad (cap. VI); la cultura y los escritos de la santa reformadora, las lecturas donde se nutrió su formación y espiritualidad, (cap. VII); la experiencia mística (cap. VIII) y la gloria póstuma de la gran mística y escritora.

En la conclusión de la obra el autor se pregunta: “¿Tiene algo que decirles Teresa de Ávila a los hombres de hoy?” El autor presenta a Teresa de Ávila como excelente mujer y espléndida escritora que usó la pluma para luchar y cambiar el mundo de su época desde la sensibilidad y la inteligencia

M^a CARMEN PICÓN SALVADOR

Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España

REDACCIÓN BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: redaccion@carlosdefoucauld.es

ADMINISTRACIÓN DEL BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: administración@carlosdefoucauld.es

ASOCIACIÓN C. FAMILIA DE FOUCAULD EN ESPAÑA

c.e: asociación@carlosdefoucauld.es

WEBMASTER PÁGINA WEB

c.e: webmaster@carlosdefoucauld.es

COMISIÓN DE DIFUSIÓN

c.e: difusion@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

c.e: fraternidadsecular@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

c.e: fraternidadcarlosdefoucauld@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

c.e: fraternidadiesuscaritas@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SACERDOTAL "IESUS CARITAS"

c.e: fraternidadsacerdotal@carlosdefoucauld.es

COMUNITAT DE JESÚS (Asociación privada de fieles)

c.e: comunidaddejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DE JESÚS

c.e: hermanosdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE JESÚS

c.e: hermanitasdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

c.e: hermanitasdelsagradorazon@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DEL EVANGELIO

c.e: hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es

UNIÓN-SODALICIO CARLOS DE FOUCAULD

(Para vivir el carisma en solitario)

c.e: union@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE NAZARET

c.e: hermanitasdenazaret@carlosdefoucauld.es

SUMARIO

EDITORIAL

- Tras las huellas de santa Teresa. Manuel Pozo Oller 5

DESDE LA PALABRA 7

- El Misterio de nuestra Fe. La Eucaristía en Teresa de Jesús
Selección de textos. Emérito de Baria. 9

EN LAS HUELLAS DEL HERMANOS CARLOS 13

- Carlos de Foucauld habla sobre Teresa de Jesús. Redacción
Boletín. 15

TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS 17

- Mis encuentros con santa Teresa de Jesús. Antonio López Baeza ... 19
- “Señor, ¿qué mandáis hacer de mí?” Historia de una llamada del
Esposo. Selección de textos. Emérito de Baria. 25

IDEAS Y ORIENTACIONES 27

- Teresa de Ávila y la España de su tiempo. Manuel Pozo Oller 29
- Florecillas teresianas. 32
- El mensaje de Teresa de Jesús: Una espiritualidad para tiempos
difíciles. Pepe Rodier 33
- Reforma del Carmelo. Reforma de la Iglesia. Mons. Ángel Pérez
Pueyo, Obispo de Basbastro - Monzón 37
- La Personalidad de Teresa de Jesús Francisco Miras Martínez. 39

PÁGINAS PARA LA ORACIÓN 51

- Cuando sólo Dios basta. Luciano Alba 53
- Santa Teresa de Jesús, Maestra de Oración. Selección de textos
Emérito de Baria. 56
- Loa a la Doctora Hugo Lindo 58
- Sabiduría de santa Teresa 59
- El silencio interior en Teresa de Ávila y Carlos de Foucauld.
Lorenzo Alcina. 60

TEMA PARA EL PRÓXIMO NÚMERO

UN LIBRO ... UN AMIGO

FAMILIAS CARLOS de FOUCAULD